

LITERATURA CHILENA en el EXILIO

3

JULIO, VERANO DE 1977
EDICIONES DE LA FRONTERA
LOS ANGELES, CALIFORNIA

SUMARIO

VOL. 1 - No. 3

	1 Editorial	
Víctor M. Valenzuela	2 El Sentimiento Antiyanqui en la Literatura Chilena	
Fernando Alegría	5 Manuel	
	10 Poesía	
Gonzalo Rojas	11 Cifrado en Octubre	
Hernán Lavín Cerda	11 Las Bodas	
Roberto Contreras Lobos	12 Fenix Chilensis	
Juan Armando Epple	12 Noticias de Fútbol	
Gonzalo Millan	12 Carcel / Correspondencia	
Teresinka Pereira	13 El Paso de los Gansos	
Oscar Hahn	13 La muerte tiene un diente de oro	
Guillermo Ravest	13 Solsticio	
Gabriel Barra	14 Recado a Kafka	
Eduardo Embry	14 No es que mi casa	
Germán Marín	14 La lección / Para leer El Mercurio Toque de Queda / Juntos pero no revueltos	
Efraín Barquero	15 Bandos Marciales	
Sergio Macías	15 Cuando el Viento / Sermón	
Patricia Jerez	15 Exilio / Pacífico	
Waldo Rojas	16 A este lado de la verdad	
Alfonso Alcalde	16 El mar subió en un 450%	
Bernardo Baytelman	16 Conjuro para matar a la muerte	Ensalmo de la Identidad
Daniel Riquelme	17 La Trampa	
Leonardo Carvajal Barrios	19 De lo oscuro	
Juan Rojas	23 Tripulantes de la Niebla	
Guillermo Núñez	29 Diario	
David Valjalo	31 Antimemorias	
	32 Correspondencia	
	33 Documentos	
	36 Libros	

LITERATURA
CHILENA
EN
EL EXILIO

Fernando Alegría
Director
P. O. Box 3723
Stanford, Ca. 94305

David Valjalo
Editor
P. O. Box 3013
Hollywood, Ca. 90028

Guillermo Araya • Jaime Concha
Juan Armando Epple • Nelson Osorio
Consejo Editorial

Gabriel García Márquez, Presidente
Comité Internacional *

Demetrio Aguilera Malta
Mario Benedetti
Ernesto Cardenal
Julio Cortázar
Miguel Donoso Pareja
Lawrence Ferlinghetti
Jean Franco
Eduardo Galeano
Dr. Rafael Gutierrez Guirardot

Victor Hernandez Cruz
George Hitchcock
Pedro Orgambide
Miguel Otero Silva
Angel Rama
Juan Rulfo
Ernesto Sábato
Marta Traba
Roberto Vargas

Impreso por: The Frontera Press. Los Angeles, California.

Copyright: Literatura Chilena en el Exilio

* Comité Internacional.
Nómina incompleta. Se ampliará en el próximo número.

Vol. 1 No. 3

Año 1 No. 3

Julio, 1977. California USA.

Las fotografías que ilustran este número son de Marcelo Montecino y forman parte de su trabajo 'Grafitti de Latinoamérica'.

Deseamos reiterar nuestro planteamiento reciente:

Queremos la unidad política a través de tareas específicas que garanticen la suma eficaz en la lucha de los artistas e intelectuales chilenos contra la dictadura gorila.

Por eso destacamos los siguientes ejemplos de unidad en la acción:

1. La impresionante exposición *Chili Espoir*, que reunió la obra de 60 pintores chilenos en el exilio, celebrada en la Maison de la Culture André Malraux en la ciudad de Reims. Su catálogo, que incluye una sólida introducción histórica por Carlos Maldonado, da una brillante imagen del mejor arte chileno contemporáneo.
2. La presentación conjunta de pintores latinoamericanos y norteamericanos antifascistas en la ciudad de Boston en mayo y junio del presente año, en la cual mantuvieron una exposición y realizaron un mural colectivo.
3. La "Jornada sobre la cultura y fascismo en Chile" que prepara la Casa de Chile en México para noviembre de este año y que contará con la participación de relevantes figuras del arte y la literatura contemporáneos.
4. La Secretaría Coordinadora de Académicos Chilenos fundada este año en Londres y que ya cuenta con un registro de 3.500 trabajos académicos clasificados, mientras prepara la emisión de un boletín trimestral y de un Anuario Estadístico.

Así, nos parece, se construye la unidad: en la acción firme y creadora para defender nuestros valores culturales dentro y fuera de Chile y contrarrestar los ataques del obscurantismo reaccionario.

EL SENTIMIENTO ANTIYANQUI EN LA LITERATURA CHILENA

• VICTOR M. VALENZUELA

Un tema que no ha sido estudiado con detención pero que sin embargo tiene gran interés para quienes desean conocer algunos aspectos de las relaciones entre los Estados Unidos e Hispanoamérica es el sentimiento antiyanqui en la Literatura Hispanoamericana. Brevemente, examinaremos los factores que engendraron esta actitud que cada año se hace más peligrosa.

Durante el siglo diecinueve la rivalidad económica entre Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos fue sentida especialmente en Hispanoamérica. Esta competencia tenía como propósito el control y explotación de los recursos naturales del Hemisferio Sur para incrementar el desarrollo económico-tecnológico de estas naciones. Cuando la demanda de las riquezas naturales, necesarias para el desarrollo industrial de estos países, llegó a ser mayor, el cobre y el salitre chileno, el petróleo venezolano, el estaño boliviano, etc., pasaron bajo el control extranjero. Lo mismo puede decirse del café, del azúcar o de los plátanos.

Después de la Primera Guerra Mundial el control económico en Hispanoamérica fue ejercido, en su mayor parte, por gigantescas empresas norteamericanas que por medio de la diplomacia del dólar y favores políticos podían mantener y controlar gobiernos que protegiesen sus propios intereses y los de sus aliados.

La existencia de estas compañías multinacionales aliadas con gobiernos y políticos corrompidos dió nacimiento a un sentimiento antiyanqui que numerosos escritores hispanoamericanos han expresado por medio de novelas, poesías o ensayos. Fueron estos hombres responsables los que se dieron cuenta que estas alianzas económicas-políticas con empresas extranjeras implicaban pérdidas irremplazables de materias primas a la vez que se ignoraban los conceptos de libertad, soberanía y dignidad humana. De este sentimiento antiyanqui nació, pues, esta literatura de protesta contra la violación de la soberanía nacional, contra los abusos e injusticias de que eran víctimas los trabajadores en las minas, en los pozos petroleros o en las plantaciones azucareras o bananeras. Era esta explotación humana la que reducía al hombre a un mero objeto. Era esta explotación de recursos naturales, respaldada por vendepatrias, la que reducía países soberanos a simples colonias económicas de las gigantes empresas norteamericanas siempre protegidas por las fuerzas armadas del Coloso del Norte.

Las obras que describen el sentimiento antiyanqui en la literatura hispanoamericana son numerosas. Bien conocida, por ejemplo, es la "Oda a Roosevelt" de Rubén Darío en la que el poeta de Nicaragua expresa un clamor continental, un grito de alarma, en el que preconiza la invasión y control del continente moreno por las fuerzas imperialistas de Los Estados Unidos. Dice:

Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.

Esta "Oda" es obviamente la reacción de Darío contra el país del Norte que por la fuerza había creado en 1903 Panamá, un nuevo protectorado para llevar a cabo, sin obstáculos, la construcción del Canal de Panamá.

De las muchas obras escritas para condenar los excesos del capitalismo yanqui sólo citaremos las más conocidas: SANGRE DEL TROPICO del nicaragüense Hernán Robleto; PUERTO LIMON Y MANGLAR de Joaquín Gutiérrez y MAMITA YUNAI de Carlos Luís Fallas, ámbos de Costa Rica; OVER del dominicano Ramón Marrero-Aristy; CANAL ZONE y DON GOYO ambas del ecuatoriano Demetrio Aguilera Malta; MENE del venezolano Ramón Díaz Sánchez; CUATRO AÑOS A BORDO DE MI MISMO del colombiano Eduardo Zalamea Borda; TUNGSTENO del peruano César Vallejo; LOS ETERNOS VAGABUNDOS del boliviano Roberto Leyton; LA FABULA DEL TIBURON Y LAS SARDINAS del guatemalteco Juan José Arévalo, etc. etc. En Chile, por tener una economía directamente relacionada



Fotografía de Marcelo Montecino.

con sus recursos naturales, especialmente mineros, se han escrito un sinnúmero de obras cuyo tema central ha sido el sentimiento antiyanqui. Por falta de espacio me limitaré a comentar "a vuelo de pájaro" sólo las más conocidas. La masacre, en Iquique, del 21 de diciembre de 1907 contra los indefensos trabajadores de las salitreras que se habían declarado en huelga para pedir mejores y más humanas condiciones de trabajo, afectó profundamente a Baldomero Lillo, el primer escritor en Chile que por medio de sus cuentos describió con autenticidad los abusos de que eran víctimas los mineros en Chile. En 1910 dictó en la Universidad de Chile una conferencia intitulada: "El obrero chileno en la pampa salitrera." En esa ocasión leyó:

"A las tres o cuatro de la mañana el obrero está en la pampa ejecutando su pesada tarea. Y así transcurre un día y otro hasta que una enfermedad de las muchas que lo acechan o un accidente del trabajo, como ser la explosión prematura de un tiro o un trozo de costra que cae sobre él desde lo alto, o la inmersión en el caldo hirviendo de un cartucho, concluyen con su mísera existencia. Para un observador superficial, para un moralista colocado fuera del medio donde actúan nuestros obreros, nada hay más censurable, extraño, e incomprendido que su conducta después del trabajo. En vez de ir a reponerse de sus fatigas al seno del hogar, rodeado de su mujer y de sus hijos, ese vicioso incorregible prefiere la fonda o un rincón cualquiera donde pueda beber y embriagarse. Pero para el que observa, tomando en cuenta todos los factores que determinan este estado de cosas, lo extraño y anormal sería que el trabajador de la pampa fuese temperante. Desde luego no hay nada, absolutamente nada, que lo induzca a la temperancia, ni siquiera el ejemplo de sus patronos, pues el obrero se embriaga con alcohol desnatu-

lizado, cuyo sabor disfraza un poco de anís o de menta, ellos lo hacen con whisky de veinte pesos la botella. Y si hombres relativamente cultos que disfrutaban del más refinado confort, que no están sujetos a fatigas físicas, no pueden sustraerse al consumo inmoderado de bebidas espirituosas, mucho menos puede hacerlo el obrero ignorante y analfabeto que después del trabajo queda extenuado y aniquilado por el cansancio y cuya morada es una inmunda pocilga. . . . Los patronos conocen perfectamente esta circunstancia y, como son en casi su totalidad extranjeros, para quienes la conservación de la raza y el porvenir de las clases obreras de este país, son tópicos que no les interesan, sólo atienden a que el capital que administran rinda las más altas utilidades. Consecuentes con este principio, en vez de dificultar el consumo de alcohol lo facilitan, expendiéndolo sin tasa en sus fondas y pulperías."

Estas palabras del conferenciante son, en verdad, un extracto fiel de las observaciones que Lillo personalmente hizo de las condiciones en que vivía el jornalero de la región salitrera. Ricardo A. Latcham, presentó a las autoridades chilenas un informe que lleva por título CHUQUICAMATA, ESTADO YANKEE (1926). El autor confirma lo dicho por Lillo cuando escribe: "El resultado final de las pulperías (de la "Chile Exploration Company") es estrujar a los obreros en vez de beneficiarlos. Su negocio principal es la fantástica venta de licor que nos tocó vigilar cuando se hizo allí la farsa de la ley seca de 1925." (p. 70). Latcham, refiriéndose a las condiciones en que vivían los obreros de la ya mencionada compañía norteamericana dice: "los excusados continúan como focos de pestilencias y de corrupción. Hay muchas de las habitaciones que más parecen pocilgas que casas y en los

Estados Unidos ni se mirarán como zahurdas para los cerdos Ni el Presidente Alessandri ni los demás admiradores de Chuquicamata han visto estas cosas ni saben que existen. Es verdad que hay habitaciones de mejor clase, algunas de las cuales merecen elogios, pero éstas son las casas de los jefes y de los principales empleados, y aún algunas de las ocupadas por los empleados chilenos de la categoría superior; pero en cuanto a las destinadas a los obreros constituyen, en su mayor parte, una vergüenza y una calamidad." (p. 128). Cuando los obreros le reclamaron a Mr. Burr Wheeler, el gerente de la "Chile Exploration Company", para que hiciera mejoras en las viviendas de los trabajadores, éste les contestó: "Yo he venido aquí a conseguir el máximo de producción de cobre con el mínimo de costo. Lo demás no es de mi incumbencia." (p. 155).

Esta falta de consideración y respeto hacia los hispanoamericanos (o hacia los chilenos) de parte de los yanquis la expresa Andrés Garafulic en su novela CARNALAVACA (1932). Por medio del protagonista-ingeniero Pablo Duarte explica: "Para ellos (norteamericanos) en toda la América nuestra, en general, no existen más que dos categorías de hombres, perfectamente delimitadas y, por así decir, concretas: los *native men*, —los nativos, nosotros, los hombres americanos de piel más o menos blanca, la gente que piensa, por así decir, la peligrosa para sus negocios— y los *black men*, la negrada, el mestizaje, la carne de cañón de sus grandes empresas. . . . Ante cualquiera de esos señores tú no pasas de ser un nativo, y como tal, no tienes derecho a otra curiosidad que la que ellos te permiten desde su encumbrado mirador de norteamericanos." (p. 101).

Por su poder económico y por sentirse un ser superior, el yanqui, amparado por las autoridades chilenas, explota al obrero y crea un estado de frustración sin importarle las angustias sufridas por los jornaleros. En efecto, "gran parte de ese descontento se debía casi exclusivamente a la forma torpe, desmedrada e injusta en que se trataba al nativo, y al sistema con que los explotaba la propia compañía, pasando por sobre las reglamentaciones y todas las prescripciones de las leyes chilenas." (p. 312). Según Duarte, las fuertes empresas norteamericanas explotan primero al hombre hispanoamericano y por medio de éste, las riquezas naturales. De esta manera "llegará el día en que así como vamos perdiendo el cobre, hemos de perder también el salitre, y perderemos el fierro." (p. 288). Otro personaje, Jorge Vergara agrega: "de tumbo en tumbo, arrastrados por el peso de nuestra imprevisión y de nuestra ceguera, vamos cayendo en manos de los Estados Unidos sin hacer el más leve esfuerzo por zafarnos ni escapar a su tremendo abrazo final." En efecto, continúa: "la mayor parte de los pueblos libres de América Hispana ya no son tal, que han dejado de ser libres; que son lisa y llanamente colonias del capital y gobierno norteamericanos." (p. 363).

De esta situación peligrosa y suicida no son sólo culpables las empresas yanquis, puesto que, agrega Vergara, "hemos tenido la desgracia de ser gobernados por hombres vendepatrias comerciando con ellas como hacen las prostitutas con su cuerpo." (p. 364).

En NORTE GRANDE, NOVELA DEL SALITRE (1939) de Andrés Sabella, uno de los personajes, Rosendo, afirma: "Chile no nos pertenece; lo pisamos; pero, no es nuestro: el salitre, el cobre, todo, está, acá, junto a nosotros; sin embargo, los que aprovechan nuestras riquezas viven distantes, sin idea de nuestras miserias. . . . ¡ Ellos creen que Chile es la gallina de los huevos de oro ! . . . Y su amigo agrega:

¡ Claro ! ¡ Nos chupan a reventar los gringos ladrones ! " (p. 242).

De este estado de cosas también se han lamentado otros escritores chilenos tales como: Eduardo Barrios, Víctor Domingo Silva, Volodia Teitelboin, Nicomedes Guzmán, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, etc. Neruda, el defensor de los derechos humanos, el hombre comprometido con su pueblo, lamenta, critica y acusa a quienes sistemáticamente han convertido a Chile y a sus ciudadanos en esclavos, en despojos humanos. En su poema "La Anaconda Copper Mining Co." dice:

Yo he visto arder en la noche eterna
de Chuquicamata, en la altura,
el fuego de los sacrificios,
la crepitación desbordante
del cíclope que devoraba
la mano, el peso, la cintura
de los chilenos, enrollándolos
bajo sus vértebras de cobre,
vaciándoles la sangre tibia,
trituyendo los esqueletos
y escupiéndolos en los montes
de los desiertos desolados.

.
la gran serpiente se los come,
los disminuye, los tritura,
los cubre de baba maligna,
los arroja por los caminos,
los mata con la policía,
los hace pudrir en Pisagua,
los encarcela, los escupe,
compra un Presidente traidor
que los insulta y los persigue,
los mata de hambre en las llanuras
de la inmensidad arenosa.

Toda esta destrucción humana no podría tener lugar sin la cooperación de los abogados del dólar o de quienes venden a sus hermanos o a su patria, por eso en "Reciben órdenes contra Chile" escribe:

Pero detrás de todos ellos hay que buscar, hay algo
detrás de los traidores y las ratas que roen,
hay un imperio que pone la mesa,
que sirve las comidas y las balas.

.
No importa la agonía del pueblo, este martirio
necesitan los amos dueños del cobre: hay hechos:
los generales dejan el ejército y sirven
de asistentes al Staff en Chuquicamata,
y en el salitre el general "chileno"
manda con su charrasca cuánto deben pedir
como alza de salario los hijos de la pampa.
Así mandan de arriba, de la bolsa con dólares,
así recibe el orden el enano traidor,
así los generales hacen de policías,
así se pudre el tronco del árbol de la patria.

El grito de alarma de Darío no ha sido tomado en serio. El despojo de las materias primas continúa siendo un hecho. Y lo lamentable es que las futuras generaciones sufrirán debido a esta irresponsable explotación de hombres y de minerales. Y por eso, el sentimiento antiyanqui continuará apareciendo en la literatura hispanoamericana. ●

MANUEL

● FERNANDO ALEGRIA

Manuel fue picapedrero en la cordillera, pintor de casas y andarín, hace muchos años. Estas fueron sus universidades, allí aprendió ciertas cosas que no olvidó jamás y que le sirvieron en la dura adaptación a los modos de la burguesía chilena y a la sociedad de escritores pñamente consagrados. Puede decirse que pasó de un mundo a otro sin asperezas, con dignidad natural: un día fue trabajador y, al siguiente, consueta de una compañía de cómicos de la legua, corrector de pruebas, empleado oficinista, profesor. Otro día enviudó, escribió un ramo de rosas como sonetos para esa mujer oscura que le dió hijos morenos, grandes, inteligentes; se prendó después de dama con permanente, boquita pintada, bufete periodístico, y la perdió porque quiso, prefiriendo casarse con señora estrictamente reservada y antigua cosecha. Manuel entró de refilón a un clan muy poderoso. Pero nunca tuvo poder. Este artesano gigante, de pesadas manos lampiñas, parco y denso, orgulloso y desconfiado, movióse a vivir en una casita del barrio alto santiaguino y presidió durante años una salita recatada y un comedor improvisado donde llegaba aristocracia y clase media, intelectuales y artistas, la crema del ingenio con hambre, los astros de la pobreza. Clan venido a menos con elegancia, gracia y soberbia.

Pero, vamos por parte. El punto de partida es una tarde de verano en Santiago. Las calles del suburbio decente están vacías. No hay niños ni perros, ni vagabundos, ni siquiera pacos o sirvientas de mano. Un gran calor vibrando sobre el asfalto y los árboles inmóviles. La casita donde muere Manuel es lo que llaman un bungalow, sin pretensiones, como palomar marginado entre otros más costosos y, a la vez, menos visibles, donde sabemos que en esos días se esconde la abundancia en alacenas secretas y se celebran asordinadas juntas de vecinos golpistas. Mientras espero en la sala se me dice que Manuel está grave, muy grave, que durará a lo sumo unos días más, que, por favor, no me quede mucho con él. Subo una escalera estrechísima pensando cómo irán a bajar a Manuel cuando se muera. Entro al dormitorio y allí está de espaldas en una cama que es demasiado corta para él. ¿Recuerdan esos ojos minúsculos y brillantes y risueños debajo de las viejas, espesas cejas blancas? Sin conmoción, los ojos han pasado a ser dos focos redondos, oscuros, fijos en ninguna parte. La lengua seca y los labios abultados se mueven como cosas de plástico rosado.

No me voy a morir de esto, me dice mostrando su vientre abultado; como me han sacado gran parte del estómago tendré que aprender a comer de nuevo. Bien dicho. Nada que agregársele a eso.

Pero no podrá aprender porque no le han sacado nada; está lleno de una muerte incómoda e impaciente.

Pienso convalecer aquí y después partir. Adonde irás. A la Argentina porque me están editando una novela. Pero más me gustaría ir a Bulgaria. No sé por qué no podrían nombrarme cónsul. A otros los han nombrado.

En verdad, con esta asombrosa imagen Manuel plantea el conflicto fundamental que ha marcado a los escritores del pueblo frente a la crisis chilena de 1970-1973. En circunstancias de muerte contamos con la seguridad de seguir viviendo de acuerdo a las únicas reglas del juego que conocimos. Aprenderíamos que esto no iba a ser posible, pero nos demoramos. Manuel murió de un feroz cáncer al estómago. Otros murieron fusilados, torturados o en el exilio. La asombrosa inocencia que demostramos al pedir vida cuando la sogá nos iba llegando al cuello, ha sido cosa de locos o de niños, de sujetos dispuestos a apoyar y defender en la realidad novelas que nunca leímos como las leyó el pueblo.

¿Qué es Manuel en sus novelas? Digo ¿qué ser verdadero es, o mejor dicho, con qué realidad cuenta? Fue el novelista chileno más leído del siglo XX. Contribuyó como pocos a incrementar la fortuna de sus editores, a la vez que crecía su propia pobreza. Pasados los sesenta años de edad, Manuel vendía cortes de género para viajar a Oregón y a Seattle, a México y Buenos Aires, dictaba clases a alumnos que no le creían —¿cómo le iban a creer?— escribía libros de viaje y manuales de literatura para redondear un presupuesto que nunca se pudo redondear porque estaba hecho de aristas que se llamaban deudas.

Lo leían y, como novelista, Manuel siempre fue una voz lenta, una respiración amplia, una compañía de hombres y mujeres pobres que van por el mundo recogiendo lo que bota la ola, creando una comunidad en la miseria decente, un amor de camaradas en comisariás apestosas, calabozos mojados, suelo de tierra, avanzando siempre, del puerto a la playa, de los muelles a alta mar, con amor firme, sin gran pasión, pero con ternura proleta, hombres y mujeres libres en una sola, modesta inconmensurable prisión.

Manuel es el gran novelista del anarquismo chileno. Leyó a los barbudos rusos de fin de siglo y frecuentó a los zapateros tolstoyanos del barrio San Cristóbal. Al fin, se quedó con los pacifistas, le dijo que no a la violencia con su mentón firme y su andar de Firpo. En este plano la gente le creía, así como no le creían a otros anarquistas que entraban a la Academia de la Lengua.

El desequilibrio a que hice mención no es grave en apariencia, pero bien mirado es patético y llegó a ser fatal. Se vive una buena vida burguesa, decimos observando el velero blanco que pasa frente a nosotros por el lago. Ese brindis se guarda para la revolución chilena. El lago se llama Llanquihue o se llamará Tahoe. Manuel ha llegado a mi casa en un Volkswagen muy pequeño para él y su mujer, una joven demasiado larga. Sentados en el porch, bebiendo vino blanco del valle de Napa, miramos el agua azul.

De esto no voy a morir, repito pensativo mientras el velerito se va de lado y roza apenas el agua levemente encrespada. No, porque no tenemos clara conciencia de lo que está por suceder y todo eso que viene anunciándolo. Miro a Manuel y comprendo algunas cosas. Por su ropa, no por sus manos morenas que le cuelgan, pudiera pensarse que es un hacendado ricachón, hombre que maneja casas desde atrás o desde lejos. Pero la cara dice otra cosa porque fue hecha a golpes de cincel sobre madera vieja y agujereada; las arrugas se las hizo el viento cordillerano. La palidez ocasional es de preso. Aunque nunca lo vi enojado, tampoco puedo decir que lo vi totalmente contento.

Una noche, bailando en casa de mi hermano, se cayó. Mi hermano vivía en Ñuñoa, a pocas cuadras del Estadio Nacional. La casa, unida por atrás con la de mi otro hermano, terminaba en un patio enladrillado bajo un generoso parrón. Allí, entre sol y sombra, habíamos pasado la tarde tomando un vino color de obispo, tieso y suave al mismo tiempo, cabezón y alado, que buscaba las empanadas para dorarlas en sus plumas y la albahaca de la redonda cazuela de ave para alumbrar las pausas aromándolas, sentándolas, moderándolas hacia la siesta. ¡Gooool! Gritaban los acróbatas del estadio y el cielo de la cordillera crujía como carpa de circo viejo. Después vino el baile, mientras el vino seguía pero ahora espesándose porque le iban entrando extrañas garúas que nos buscaban la cabeza, los ojos, la lengua, las manos, las piernas.

Manuel se cayó al dar un paso de rock muy ancho. Se cayó entero, con sus metros y sus años y ahí se quedó en el suelo. Su mujer trató de levantarlo. Se recogieron algunas cosas que habían caído con él y se aclaró así el lugar del bosque don-

de yacía Manuel, tronco enmarañado en suspensores y servi-lletas. La mujer le dirigía arrumacos poco convincentes. Manuel roncaba con la cabeza debajo de un sofá. Varios se ofrecieron a levantarlo. Nadie pudo. Entonces mi hermano pidió que se apartaran todos y procedió a organizar la operación de rescate con sistema garantido por la experiencia. Con la cabeza y las rodillas apoyadas en el suelo se le alzó la grupa y luego el vientre. Impulsado desde el más allá, Manuel se incorporó prácticamente solo y nos miró extraño. Así se habrá sentido Lázaro cuando se le dijo levántate y anda.

Al pasar de un mundo al otro, vino lo inesperado. Me agarró entre sus enormes brazos e, inmovilizándome, me dijo: ¿Eres o no eres mi amigo? Así, como Cristo, y me miraba desde allá, donde él estaba y yo no estaba, y no supe qué responderle. No entendía su pregunta. ¿Qué quería decir amigo en esos momentos? ¿Su mujer? ¿La literatura? ¿El tremendo fracaso que seríamos juntos en unos años más?

Si me hubiese preguntado ¿Me quieres? la contestación era fácil. Pero en su posición, recién salido de la tumba ya descrita, no se pregunta eso. No tiene sentido. ¿Estás o no estás conmigo? Sí tiene sentido. Porque Manuel era bastante Don Segundo Sombra para sus cosas. Pensaba en viejas lealtades y veleidades olvidadas, en viejos estandartes y en cuchillos que se apoderan de los hombres como en algunos cuentos de Borges. Y yo no podía hacer otra cosa que mirarlo y buscar el equilibrio en sus orillas. Me habré sentido muy leve entre sus brazos o muy muerto, porque me dejó ir sin tener respuesta a su pregunta.

Ahora comprendo su asombro, mi desconcierto, su retirada, mi silencio.

Eramos gente del pueblo, vinimos a bregar sin mucho futuro. Manuel empezó temprano a caminar por la huella, pasó con dignidad por mucha pobreza y tomó los oficios que le daba el camino como estaciones de un viaje de forzadas jornadas.

Manuel no podía esperar sino lo que ofrece el jornal: la casita en barrio popular, el billete de cajero en el Hipódromo, de articulista anónimo o prensista, las enfermedades familiares, cargando al hombro su pequeño amor de tango, un soneto de Alejandro Flores, varios niños. La tristeza de nuestros suburbios dulces como el vino, amargos como fríos de agosto sin plata. En algún atardecer, muy cansado y nostálgico (¿nostálgico de qué, si nunca tuvimos nada?) nostálgico de los blancos caminos de Los Andes, los retenes y estaciones del trasandino, la mocita de Río Blanco, el rociado conventillo de La Paloma. Manuel se puso a escribir y le fueron saliendo cuentos de factura delicada y firme, de tonos suaves, medio cantados, llenos de algo extraño que no se sabía bien si era poesía o emoción o mensaje social. En verdad, era su pura vida que Manuel narraba como algo sin gran importancia pero de por sí curioso, un poco memorable. Los que leyeron sus cuentos dijeron éste sí, éste tiene algo que decir y lo dice por instinto. Alone, un viejo solterón y bastante zorro, probó un cuento y exclamó: éste sí. Neruda lo probó y repitió: éste sí que sí. Mariano Latorre dijo Gorki, Bret Harte, Jack London. Y la cacha de la espada. Se consagró inmediatamente. En otras partes del mundo Manuel habría sido rico y famoso. En Chile no ganó nunca nada. Es decir, ganó algunos premios que le sirvieron para comprar una cama, algunas sillas. Porque el escritor nuestro no tiene más futuro que un chofer de micro. Tal vez tiene menos.

En consecuencia, Manuel, el novelista, es un asalariado y su literatura, que no llegó a ser producto de consumo, es apenas algo real, un hecho crítico que no alcanza a llenar su función del todo porque no se le permite comunicar nada. ¿Quién

nos lee? Pregunta Manuel mirándose en la cara blanqueada del gerente editorial. Pues se agotan las ediciones y los alumnos de la Escuela de Carabineros, del Pedagógico, de los liceos públicos y particulares, rinden sus exámenes y responden sabias preguntas sobre el animismo en la narrativa chilena y citan *Hijo de ladrón* y *Mejor que el vino*. Lo cual no impide que Manuel labore de sol a sol, compre su ropa a plazos y deba varios meses de arriendo. ¿Arte? ¿Misión? ¿Compromiso? Pregunta pestañeando y estirando los labios gruesos. Más bien, sueldos atrasados, estampillas del Seguro Social, letras bancarias. Las gentes insisten en verle un halo que no le pertenece: simple humo de cigarro barato que pone amarillo el bigote y amarillos algunos dedos y amarillos los dientes. Le hacen entrevistas y le preguntan sobre el mundo. Manuel responde despacio: soy un empleado, dice, que sí, naturalmente, tiene conciencia de lo que hace y no hace, y escribe al respecto. El panadero no especula sobre el pan porque eso es harina de otro costal; especular para él es equivalente a mercado negro, a patrón y agiotista. Tengo un oficio que me permite abrirme el vientre y los costados y así puedo referirme a la humanidad cuando mis personajes hablan de justicia y honradez. Espero que me compren mi pan, quiero decir, por lo que este pan dice y pueda inspirar en mis semejantes el deseo de ser justos, lo cual, en verdad, es un acto de amor y de sacrificio.

No sé por qué un hombre así, tan alto y canoso, bondadoso, moreno y claro, dejó botada a su vieja y se fue con mujer joven. Tal vez exista una razón simple: que, pensándolo bien, no podía ser su vieja. Pero tal razón no me convence. Cierto, ella venía de clase alta y era, en consecuencia, chilena de buenos modales, más dura que blanda. Distante. No exactamente encantaduuuuuura. A Manuel lo quería, pues Manuel era hombre apuesto e íntegro. Puro pueblo. Viejo roble. Alma delicada y tierna. Viejo choro.

Recibían en su casita de madera y servían breves pisco-sours, sólidos mariscos, elevados soufflés, vinos encabritados. Hablando de su sirviente, la señora decía "la compañerita" para indicar que en esa casa se habían vencido los prejuicios y derogado la lucha de clases. Resultaba obvio, sin embargo, que entre la señora y la compañerita se alzaba una pared más alta que el Aconcagua. Entre la compañerita y Manuel, en cambio, no existían visibles diferencias, hombre y mujer se entendían sin hablar y en su justa medida. Ella era la sirviente y él, comedido, respetuoso y digno, era el patrón que, no obstante, nunca la mandaba, sino que parecía recordarle algunos deberes. Podrían también haber sido marido y mujer —nunca lo fueron—, porque comprendían que no los separaba nada, excepto, la señora y los chiquillos de la compañerita. En otras circunstancias, en otro tiempo —edad, sueldo y estado civil considerados—, Manuel y la compañerita podrían haber formado pareja real, es decir, popular y pobre. Ahora no.

La mesa era redonda, o sea, no había cabecera. Las sillas, el sofá, algunas camas y veladores, parecían no ser de nadie, como comprados de noche en subasta acelerada, o como prestados por amigos cariñosos pero distraídos. Quizás en alguna parte de la casita había un cuarto de lecturas o costuras, un recinto privado, frío y silencioso, donde la señora ocultaba su propio yo como tapado negro en un ropero. No se veía. Se suponía que existiese, pero sin gran seguridad. Las flores de tu jardín, pensaba Manuel, hace tiempo se secaron, ahora crecen hacia los vecinos, se desmayan en mi ventana ahogadas por el yuyo y la cicuta. De repente, cuando Manuel no lo esperaba, el jazmín echaba sus hélices, los azahares su frescura y, sobre la reja, se iba de bruceas la flor de la pluma, sin orden pero morada, frondosa, ligera de guñas. Era el verano caluroso de Santiago con sus calles blan-

cas, inmóviles a media tarde, y toda esa gente con brazos y piernas al aire, ese sudor de fruta y esos sombreros de pita, pañuelos de colores, alrededor de un dorado pastel de chocollos, y el San Cristóbal terroso y más amarillo que verde, las cebollas, los tomates y las campanas de La Viñita al atardecer.

Entonces vino la mujer joven. Llegaba a almorzar y se quedaba a dormir la siesta. Venía de tierras parecidas a las chilenas, parecidas en colores y olores, en árboles, ríos y lagos, hasta en cielos y líos sentimentales, pero distintas, esencialmente duras e interesadas, simplonas, puritanamente viciosas, tierras de una frontera inalcanzable, por tanto, eterna, donde oregonos y californios se miden en astucia y corpulencia para caer juntos en alguna cama o en algún desierto que esconden las verguenzas, o en fosas cavadas a la carrera con palas y picotas de *stainless-steel*. Dormía la siesta con Manuel. La señora, por su cuenta, no dormía con nadie. Por la ventana entraba la brisa, movíanse los visillos con olorito a menta mojada y a sudor. Manuel le hacía un hueco y entraba la mujer joven a ese costado largo, denso, oscuro, y se acomodaba murmurando o silbando. Pasaba la señora en puntillas y les juntaba la puerta.

Un día Manuel se arrancó con la mujer joven en tren, como solían hacer los donjuanes de provincia y, también como en provincia, los hermanos de ella salieron en su busca armados de escopetas. Pero no querían encontrarlos. La mujer joven se veía bien con su Manuel. Ella no hacía falta en su casa. No sé si sobraba, pero ahora encontraba su destino. Era alta y esbelta, rosada y de boca alegremente grande y piernas desordenadas. Caminaba junto a Manuel como gigantesco cervatillo, saltona y grácil, enamorada quizás de alguna ciudad que veía en Manuel, alguna estación de ferrocarril, o de un padre amoroso acostado junto a ella como un río en la noche.

La señora, en cambio, no se fue a ninguna parte ni dijo nada, casi nada. Dejó, como siempre, la ventana abierta, se puso más blanca, más arrugada, se vistió más de negro, hizo ciertos comentarios hirientes. Le cambió de nombre a Manuel. Le puso un apellido inferior a rojas y se refirió a él como a un antiguo arrendatario, viejo inquilino que, tarde o temprano, volvería a pedir pensión, perdón.

Aparecieron en auto pequeño, iban rumbo a México. Ella se sentaba en sus piernas y jugaba ahí demasiado peligrosamente. Manuel trataba de amansarla con su recato. Ella lo tomaba de la mano y lo arrastraba a correr por playas sin sol, a la orilla de un mar de espuma sucia y helada, como de cerveza, mar grueso y violento, haciendo bulla a la vera de fritangas, pozos petroleros y desagües.

No se les veía futuro. Sin embargo, lo tenían. Quiero decir, lo tuvieron y lo perdieron. ¿Qué escondía Manuel en esas horas largas que pasaba detrás de los barrotes de su modesta ventana? Los niños del barrio jugaban colgándose de una vieja paulonia y Manuel los espantaba. Quería concentrarse, trabajar en silencio, sin moscas que le zumbaran, pero la mujer joven, a la expectativa a sus espaldas, le exigía cosas exageradas, esfuerzos agotadores, posturas agravantes.

Manuel pensaba que una gran herida atormentaba a los hombres rotos de su país, herida antigua que ya no sangraba ni cicatrizaba, estado de conciencia, vacío, o dolor diario, angustia realmente que nos llenaba de interrogaciones y nos cansaba mientras en la ciudad morían poco a poco todos los automóviles, los crepúsculos se hacían más largos y los incendios se transformaban en humo y cenizas flotantes. Un día llegó la mujer joven y se sentó en el sofá cruzando sus larguísimas piernas. Le preparé una taza de té. Empezó

a oscurecerse el parque y las ventanas de mis vecinos se abrieron para dejar salir el calor y entrar el poco de aire que movían los eucaliptus. Pensé que la luz nos haría mal y seguimos en la penumbra, ella hablando y yo callado. Se agitaba, le salían frases quejasas, asombradas, turbias, a pesar del empeño de verdad que acentuaba con los ojos. ¿Entendía Manuel a esta mujer? Hoy pienso que no del todo, aunque entonces ella se refería a él como a un padrecito pleno de bondad y pureza, de sacrificio y perdón. Esta mujer venía de inteligencias que los chilenos no comprendemos: traía planes i planes para la vida ! el nacimiento y la muerte, los traía a un medio como el nuestro siempre abierto al salto mortal. Su cancioncilla salpicada de mensajes ingeniosos no me convencía, detrás de las palabras creía adivinar yo el arreglo o acomodo malicioso de la clase media que la formó y le dió su cara además de las piernas envolventes. Pero sufría, eso era cierto, sufría con desgarramiento de niña voluntariosa y dominante a quien, de súbito, no le permiten que se saque los calzones. ¿Qué quería? ¿Lanzarse por la ventana? ¿Con quién? ¿Para qué? Sufría profundamente. Todo se iba desarmando. La corte de nativos se negaba a reconocerla y no la respetaba y la insultaba injustamente porque la mujer joven nos entendía y nos olía sin error, y a nosotros nos dolía y preferíamos lastimarla. Se le fueron rápidamente los consortes de su país y de nuestra clase alta porque la identificaron con crueldad entre los naufragos del turismo pasional.

Sin embargo, no era éste su pesar, la desgarradura se abría en zona más íntima y corporal. Se consumía en una soledad impuesta por hipócritas. Querían que pagara las consecuencias de su amor por hombre viejo, que sufriera, se desorientara y desesperara para entregarla después, mansita, a los perros de bragueta brava y siempre lista, confiados vendedores de autos, casas, trigos y parientes. Empezaba a ser un fruto del país y se resistía. ¿Cómo perdonarla? Porque al quejarse y recriminar no decía, en ese tiempo, la verdad. Mentí como en los tangos. Pero su tango no era criollo, sino acrobático tocado por la orquesta de Xavier Cugat. Manuel contó una vez la triste historia de un carpintero que, laborando y laborando día a día, rendido de cansancio, regresaba a casa de noche, se acostaba a dormir a pierna suelta para despertar de repente fulminado porque su mujer desnuda se le sentaba en la cara. No sé dónde habrá escuchado este cuento. Sonaba verídico pues Manuel, vestido de terno azul, con camisa blanca y corbata a rayas, siempre me parecía un carpintero cansado, noblemente rendido y en sus mejores ropas para el día de fiesta que no comenzaba nunca. Esta mujer joven quería algo que sólo el fondo de la tierra podía darle. Manuel lo comprendió y le dijo: Anda, búscalo y si lo encuentras, no vaciles. Se lo dijo con voz suave y convencida, tranquilo, así como hablaban los santones de Tolstoy o los anarquistas olvidados y tristes de la avenida Santos Dumont, hombres gastados pero recios, a quienes el viento les borra la cara pero no les entra ni les toca allí donde la vida no encontró sentido y la muerte empieza a darse por derrotada.

¡ Cuánto habrá sufrido Manuel ! Con su elegancia natural de obrero no habló jamás de estas cosas; las puso en su lugar y siguió moviéndose un poco más lento y pesado, escribiendo con su letra larga y extendida, mirando por la ventana, entre los barrotes, solo, estudiando a esos niños extraños que golpeaban obstinadamente al árbol del patio botándole hojas y flores, rasguñándolo, clavándolo, para dejar torpemente grabadas sus iniciales, sus flechas y corazones.

La mujer joven frecuentaba calles de negocios y oficinas en

que se manejan transacciones de peso y se escriben cifras raras. Se congestiona el tráfico en el centro de Santiago, no se mueven ya ni autos ni buses en Moneda ni Huérfanos, ni Bandera ni Ahumada, el río de gente se atropella y tropezaba en cajones, tarros y baratijas de vendedores ambulantes. Estos santiaguinos hechos de humo negro, teñidos de hollín, observan con curiosidad a la mujer que sobresale por su blanca altura y que avanza a pesar de ellos movida por su propia inconciencia de las trampas armadas a su alrededor. De esta bulla de motores viejos, apartando la bruma mañanera sale esa mujer y se encierra a planificar su futuro en un edificio de mármol falso, entre hilos de teléfono y máquinas de sumar que huelen a gato. Manuel ha quedado muy lejos. Aquí se avalúa una vida. Se ignoran las que crecen y se desenvuelven pero no concluyen en el mundo llamado de papel donde Manuel preside silenciosamente.

Nadie tiene derecho a juzgar a nadie. Ni siquiera espacio para opinar. Al atardecer, después del sordo aperitivo en la oscuridad del salón de citas, felpudo y granate, del Carrera, cuando los autos empiezan a moverse con rapidez y la Costanera se llena de luces como relámpagos amarillos y se va asentando el casimir y sopla como pez nocturno el lamé, acomodando su finura en la mesa discreta del Bric a Brac, y suenan los corchos y roncan los viejos mozos conservadores y se destapa una repentina olla de ostras, el hombre delgado, moreno, crespo y alto, saca la cigarrera, crea una nube dorada, dice algunos números, habla de quintales y motores más comisiones, y dibuja sin elegancia pero con precisión y fuerza los términos del naufragio en que se ahogará Manuel.

Se necesita una vida entera para poder decir "anda, no sé si tienes la razón, pero si tú quieres, no vaciles, házlo" cuando la mujer joven se prepara a saltar desde muy alto a la cama del hombre desconocido, y primero se limpia, se olorosa, se unta con la humedad de sábanas rituales y, cerrando los ojos, se olvida de Manuel por algunos años. Entonces —mientras se da completamente la escena y el escenario de la novela que Manuel no escribió nunca—, hablamos calmadamente de eso que no entendimos y pasó a nuestro lado tocándonos apenas indirectamente, eso que, en el fondo, fue nuestra experiencia de escritores en un país que se llamó Chile y en un mundo que será Tercero en términos sociales, pero que no tuvo número ni orden para nosotros.

Manuel, como se sabe, no participó nunca en las mesas brillantes donde los técnicos de la literatura armaban las piezas del juego formulista de la nueva novela latinoamericana. Se le vio en los encuentros de Concepción y Viña del Mar de pie con los brazos cruzados escuchando atentamente a escritores muy lúcidos que, poniendo piedra sobre piedra, levantaban su propia pirámide, y donde los viejos criollos del novocientos dejaban para la posteridad sus casas de tres patios, sus parcelas, minas y cementerios. Manuel no tenía nada que decir. Lo había dicho todo en el ciclo de Aniceto Hevia. Así como Huidobro se expresaba en imágenes que eran como relucientes trapecios en el cielo altísimo de Cartagena, y así como Neruda hablaba en endecasílabos disciplinadamente dentro del Partido, Manuel pintaba paredes y casas y en ellas ponía sus gentes —amantes, vagabundos, proletas, policías, malhechores, filósofos sin escuela, personas heridas pero no quebradas—, sin preguntarse por qué estaban allí ni como debían estar, ni saber con seguridad su íntima razón para pintarlos.

Los chilenos lo leían. Rotos y caballeros, civiles y uniformados. Lo reconocían desde lejos, pero no lo conocían.

Vivió diciéndonos por dónde fallábamos, sin jamás indicar camino alguno de salvación. No sabía predicar. En cambio, sus novelas y sus cuentos cantan. Nadie decía que Manuel era un escritor comprometido. Lo era y a fondo. Pero su compromiso se reconocía tan sólo al conocerlo a él, y como pocos llegaban a conocerlo no se decía, entonces, que fuera comprometido. Para Manuel, como para Neruda, escribir era vivir. Sus libros están llenos de huelgas, de cárceles, desfiles, miseria e injusticia. Nadie dice que ellos sean revolucionarios. ¿Por qué? ¿No nos mueven a la revolución? ¿A la protesta? No. Nos conmueven. *Son* la revolución, o, mejor dicho, lo eran cuando Manuel los escribía. No podía dejar "la pluma" como dicen los maestros, para tomar el fusil. Esta imagen vino después, mucho después, en los días de Guevara en cuyos homenajes participó Manuel. Durante la campaña de Allende en 1964 subimos con Manuel junto a Neruda a un tabladillo que se levantó en una caleta cerca de Talcahuano. Llegaron miles de botes pescadores con banderas rojas flameando. Manuel dijo algo que no recuerdo. La verdad es que no estaba ahí para hablar. Se ponía él mismo en el tablado como ponía a sus figuras en las paredes de sus novelas. Ese era su lugar y nadie podía moverlo. Comimos un saco de almejas que abríamos con los pequeños corvos de los pescadores. Neruda dijo que Manuel venía cambiado, combativo, políticamente justo. Pensó que nuestras conversaciones en el lago habían sido buenas. Después habló de la calle Maruri y les explicó a los compañeros la época de los crepúsculos y me pidió que diera detalles de mis días ahí como estudiante. ¿Por qué era revolucionario Manuel? Porque era pueblo, pobre y asalariado y tenía clara conciencia de serlo. Si quería un bien para él, lo quería asimismo para toda la clase trabajadora. No hacía distinciones sutiles. Parco y profundo como era sabía que su suerte se componía de pocas, muy pocas posesiones, las indispensables para llamarle vida y no perderla ni hipotecarla ni contrabandearla. Esa única vida que le tocó al lado de camaradas secos, sufridos, igual que él, orgullosos de su fuerza y de su paciencia, tanto como de su rebeldía apagada a veces o tal vez solamente postergada.

Así es que Manuel vino a morir en 1973 como Allende, de quien estuvo muy cerca, aunque pocos se dieron cuenta. La mujer joven, mientras tanto, desapareció tal cual vino, volando con sus alas de plástico por cielos pavimentados en noches de pascua; desapareció con su hijo en los brazos: un pasado que nadie entiende, oficio abierto a las teorías del mundo que se echó candado y, botando la llave al océano, se declaró al margen de la historia, identificado tan solo por números suizos, alguna mesada que de la puerta del horno va a descansar a la orilla del pan, y alguna tristeza también, pero vaga y cada vez más lejana, pues la paz crece con el hijo en esos inviernos mojados y llenos de helechos frondosos, tan parecidos a Concepción y tan distintos, sin embargo, a Manuel, porque, en verdad, hablamos de otras tierras y otras gentes que ni nos comprenden ni nos estiman aunque a veces nos recuerdan.

Tomando ese vinito blanco que mencioné antes y mirando cómo las velas rojas y blancas desaparecían entre los olmos y los pinos del lago, Manuel me escuchó con atención y, al despedirnos, nos dimos la mano prometiendo reunirnos bajo las banderas de Chile, pues pensamos con razón que esta vez sí era la decisiva y que los dados rodaban ya y no iban a detenerse y la revolución chilena esperaba nuestro aporte, sin saber nosotros con claridad en qué iba a consistir.

Los días que vinieron nos arrastraron rápido, corriente abajo. Aprendí muchas cosas y, durante un tiempo, supe explicarlas con fuerza y convencimiento. En cambio, hoy pienso que se olvidaron de Manuel. Todos saben lo que nuestro país era entonces. Una inmensa red en la que entramos sin gran dificultad como salmones al amanecer. Manuel pudo ser comisario del mundo, inspector general del país, director de imprentas o simplemente cónsul. Nadie lo nombró de nada. Ni lo llamaron ni le preguntaron. El guardó silencio como siempre. La noche de las elecciones hubo una gigantesca celebración en las calles y en las plazas. Se desbordó el pueblo y corrió cantando y batiendo grandes banderas. Yo quedé a varios kilómetros del balcón en que hablaba Allende. No veía sino luces de antorchas. A Manuel no lo ví más. ¿Dónde estaba en esos momentos? Probablemente sentado en el patio de su casa con un vaso de vino tinto en la mano oyendo cómo las voces de la noche se iban calmando y la primavera empezaba de nuevo su trabajo en los árboles y en el campo.

Nunca pudimos ya continuar la conversación iniciada en el lago. Nunca pudimos decirnos dónde nos habíamos perdido y nunca dolernos de la desgracia del compañero que en sus últimos días sufrió la soledad que ni Manuel, con toda su vocación y experiencia, llegó a conocer en carne propia. Todos estábamos callados. A Allende le dio pensión y, como toda persona que conoce esta enfermedad sabe, se fue cayendo de espaldas, más canoso, más pensativo y sabio. El mundo se detiene y quiere hacerle preguntas. Allende sabía tanto en esos momentos que prefirió no responder. Pasó la tarde del domingo 9 de septiembre un poco solo, escuchando. Al verlo decaído lo invitaron a quedarse a la fiesta de una de sus hijas. Pidió que le trajeran a Angel Parra y se lo trajeron y el Angel cantó como ángel ronco, vinoso, encigarrado, con voz anochecida del campo y amanecida en todas las parás. Y a Allende le gustó eso. Y se alegró y se sonrió. Al día siguiente se levantó temprano y al subsiguiente más temprano aún. Y entonces se agarró a tiros con los traidores que vinieron a matarlo.

Otras cosas pasaron, muchos conocidos desaparecieron. No los veremos más. Días antes le dije a Manuel ¿no crees que vinimos al último acto pudiendo quizás llegar al primero? Pero no se lo dije. Estuve callado oyéndolo y observándolo. Acostado, puso las manos atrás de la nuca y, a veces, miró por la ventana y a veces me miró así un poco de perfil. Nada grave, nada demasiado serio. Tranquilo no más. Echándose para adelante.

La tardecita de verano duraba quizás más que de costumbre. Ni los perros ladraban. Los niños se habían ido. De la mujer joven no quedaba ni la sombra en la caverna. Creo que Manuel no supo lo del niño. No sé, no estoy seguro. De esto no me voy a morir, me dijo enseñando el vientre que parecía mapa-mundi. Efectivamente, no se murió de eso sino de otras cosas.

Hoy es fácil decir que Manuel era un escritor realista y un luchador con conciencia de clase.

Está bien, no lo voy a discutir. Estoy de acuerdo. Trabajó como un buen obrero, sin doblarse ni amilanarse, cumplió sus jornadas con entereza. Presintió —porque no lo dijo— que ser un buen escritor era ser un buen obrero. Por eso no tuvo que condescender para hacerse escuchar. Sucedió que le pagaron mal. Así les pagaban a los trabajadores entonces. Pero lo leyeron y, al final, Manuel vino a saber que las condiciones de trabajo iban a cambiar. No supo cuándo cambiarían. Tampoco supo que en su tierra no cambiaron. Y que cambiarán. ●

POESIA

GONZALO ROJAS
HERNAN LAVIN CERDA
ROBERTO CONTRERAS LOBOS
JUAN ARMANDO EPPLE
GONZALO MILLAN
TERESINKA PEREIRA
OSCAR HAHN
GUILLERMO RAVEST
GABRIEL BARRA
EDUARDO EMBRY
GERMAN MARIN
EFRAIN BARQUERO
SERGIO MACIAS
PATRICIA JEREZ
WALDO ROJAS
ALFONSO ALCALDE
BERNARDO BAYTELMAN

● GONZALO ROJAS

CIFRADO EN OCTUBRE

*Y no te atormentes pensando que la cosa pudo haber sido de otro modo,
que un hombre como Miguel, y ya sabes a cuál Miguel me refiero,
a qué Miguel único, la mañana del sábado
cinco de Octubre, a qué Miguel tan terrestre
a los treinta de ser y combatir, a qué valiente
tan increíble con la juventud de los héroes.
Son los peores días, tú ves, los más amargos, aquellos
sobre los cuales no queremos volver,*

avísales

*a todos que Miguel estuvo más alto que nunca,
que nos dijo adelante cuando la ráfaga escribió su nombre en las estrellas,
que cayó de pie como vivió, rápidamente,
que apostó su corazón al peligro
clandestino, que así como nunca
tuvo miedo supo morir en octubre
de la única muerte luminosa.*

Y no te atormentes pensando, díles eso,

que anoche

*lo echaron al corral de la morgue, que no sabemos
adonde, que ya no lo veremos
hasta después.*

● HERNAN LAVIN CERDA

LAS BODAS

*Muy de noche, entre los grillos, Alguien nos dice
como del otro lado:*

*no explotéis a los débiles, dejad vivir en paz
a las atormentadas viudas, que nadie despoje a los huérfanos
para la libertad sangro, lucho, pero vivo para la libertad
que se rompan las cadenas de los oprimidos
y haya justicia entre los hombres.*

*Como un árbol carnal aquí van los esposos
de nuestras hambrientas viudas*

*hacia la noche de aquella tierra que un día fué de los humildes
aquellos que hoy son carne de yugo*

cuanto penar para morirse

*Permítenos, Miguel, que del barro resucitemos tu alma:
los justos de corazón, los bienaventurados de espíritu.*

*Aquí todos creemos en la vida sin clases que ha de venir
porque hoy la muerte es el status del tirano
y nace del infame vicio de la propiedad privada
como dice San Benito.*

*Hagamos que al fin reine la igualdad
y los corintios ya lo saben porque en un principio.*

*Alguien se los decía desde la misma orilla
y ahora también lo sienten los huérfanos y los niños y las viudas
y tenemos fé de que Ellos ya vienen
y la niña que ayer tuvo 12 años
los espera con los brazos abiertos
para las Bodas de la Liberación y la Primera Cena.*

● ROBERTO CONTRERAS LOBOS

FENIX CHILENSIS

Que fecunda la sangre de mi pueblo.

*Ayer, hace unas horas
las bestias sepultaron
la alegría y el vuelo.*

*Definitivamente
—sentenciaba la radio—
para siempre,
rugían los verdugos
y el coro destemplado
de los sepultureros
se frotaba las manos.*

*Nuestro Chile en las fábricas,
nuestro pueblo de palas y de penas,
desde sus poblaciones
arrancadas al pánico,
movía la cabeza de este a oeste,
no es verdad, repitiendo, no es verdad
compañeros, ya verán que no es cierto.*

*Se sabe que el caído no podía
oponer bala a bala
ni activar la palabra resistencia,
se sabe que quedaba
inmensamente inmóvil y sangrante.*

*Pero ese era el secreto
su sangre penetraba por la tierra,
que más que nunca entonces
se nominaba Patria
y nutría sus gritos
en los pasos ocultos del susurro,
y daba al trazo sobre el muro
Allende vive*

*y juntaba esta mano y ese brazo
para alzar su bandera.*

II

*La mujer, la chilena, se mordía los labios
y se iba tornando entre torcaza
y leona, entre paloma y fuego,
entre camino y marcha y monumento
que sumido en la luz se anunciaba.*

*La mujer, la chilena, sentía el crecimiento
de una angustia en el vientre
como si nueve siglos de preñez
fuera a parir su llanto
que sumido en la luz se anunciaba.*

III

*Las escuelas hundían sus raíces
para que no las viera el ojo del maldito
y la lección entraba en el futuro
muy quedo, subterránea, clandestina.*

*Que ningún ramo rojo salga al aire
y ninguna semilla se delate!*

*Y nadie más que tú sepa del trueno
que ya vendrá tu temporal, muy pronto!*

IV

*La lágrima del día de los perros
junto con el sudor cae al arado
y el campesino inclina su cabeza
por un solo segundo doloroso
Parte con el trabajo hincando el filo,
hacia adelante, siempre, hacia los brotes,
por el camino mira a los costados
y saluda, sonríe, apura el tranco.*

V

*Glorioso Chile que al pasar la noche
desencadenarás tu aroma a las montañas.
Porque de cada herida brotarán claveles
y de cada tragedia soles altos.*

● JUAN ARMANDO EPPLÉ

NOTICIAS DEL FUTBOL

*Me escriben los amigos desde Chile:
los tiempos vienen malos, pero nos sostenemos.
Nuestro equipo se afirma lentamente
escala posiciones
pese a algunos reveses, hay moral combativa
(la Copa Libertadores será nuestra).*

*En el Estadio Nacional, luego del gol de Ahumada
nuestra hinchada gritaba
venceremos.*

● GONZALO MILLAN

CARCEL

*Me contó: Algunos
compañeros crecen
por entre las rejas
y a la calle salen,
de la alcantarilla
como helechos.*

CORRESPONDENCIA

*Del sur dolorosamente lejos
vienen atados y quedos
a romper la rutina de aquí
que hiela y rutila.*

*En un camión llegan
y son descargados,
amigos muertos
en sacos de correo.*

● E F R A I N B A R Q U E R O

BANDO MARCIAL 545

*Comprendemos el que muchos trabajadores
vagueen ahora por las calles.
Lo único que les pedimos es desfilar en orden.*

BANDO MARCIAL 595

*Cúmplenos expresar que el advenimiento de la Junta
demuestra que Dios
aún no se ha retirado a sus cuarteles de invierno.*

BANDO MARCIAL 1001

*De acuerdo a nuestros planes administrativos,
cada postulante que aspire a una plaza,
a una gobernación, a una intendencia, etc.,
deberá redactar, ante nuestros calígrafos,
una breve composición titulada "por qué soy chileno".
De esto quedarán absueltos sólo los diplomáticos.*

● S E R G I O M A C I A S

CUANDO EL VIENTO DEL BALTICO
SE LLEVA MI CANCION

*Vivimos cerca de donde crecen las aguas.
Nos acompaña un cántaro que encontramos abandonado
en medio de las madre selvas de indoamérica.
A veces me inclino sobre su boca de arcilla
para romper el silencio.
Y cuando el viento del Báltico se lleva mi canción,
siento en el fondo un rumor de bosques,
como si tú pisaras sobre la hierba,
ocultándote de los conquistadores.*

SERMON

*Y dijo Fidel:
—no dejen que les ganen la calle—
Porque la calle la construyó el pueblo,
para ir al trabajo y de paseo.
Porque por ahí transita el hombre con su pan.
Porque por ahí también puede surgir la agresión
de los que te venden el agua y la luz.
Hay que cuidar todos los caminos.
Por eso hoy, amor, no tenemos paz.*

● P A T R I C I A J E R E Z

EXILIO

*Nadie nos vió pasar
con arenas de viento y sol
por el camino manchado
nadie nos vió correr
con los ojos hundidos
en la muerte pequeñita
que no quería mirarnos
Nadie nos vió partir
con los pies pesados
nadie nos oyó cantar
Solos, con una palmera
y un sol naufragado
lanzaremos la última botella
con el último mensaje*

PACIFICO

*Cuándo vas a reposar
para decir tu enojo
no basta enrojecer
catorce veces por semana
cuándo vas a devorar
con tus lenguas
la serpiente
no basta
devolver los cuerpos devorados
Cuándo vas a callar
tu grito inútil
para gritar con nosotros
por el mundo
cuándo vendrás
en una ola interminable
a buscar tus navegantes
extraviados
Cuándo, qué día*

● W A L D O R O J A S

A ESTE LADO DE LA VERDAD

A este lado de la verdad
donde me quedo a ver si nazco,
el Río, símbolo de nada,
zanja el fluyente rencor
de las piedras y del cielo,
trenza el limo su lechosidad
en la que cuaja el verdor de la
alimaña,
y yo, que digo un límite
para todo lo que reptá, corre o pasa,
sueño un Sueño en el que nombro
a las cosas por su muerte
y muerdo aquello que se agita
cual el filamento del limo
en el agua destrenzada,
así de limpia, así de pulcra,
puesto que aves ahí mismo vuelan
sus distintos vuelos,
helechos aguardan repetir su clave
y es posible que peces sobrenaden
a la emboscada del copioso desove.
Cuanto existe en este lado
capaz de estertor o movimientos
se yergue, se entierra, encrespa o reaparece
a despecho de cualquier fiereza
en tanto el aire, el virginal, el cauto,
en mi boca despereza su espasmo de guadaña.
A este lado de la verdad, verdor y landas
descorro yo la gasa pálida,
contemplo el estupor de lo que veo
como desde adentro de una pulsante llaga
o es que veo que me miran mientras digo
lo que hago y callo lo que muerdo,
y es por eso, esta apostura vergonzante
y es por eso, además, que ahora pasa
a grandes voces como el cortejo de un ajusticiado
toda esta agua indigna de su solemnidad,
que sopla una brisa de inocencia abyecta,
que rompe el pétalo la luz que vivifica
y desde el fondo de esa linfa de putrefacciones
—símbolo de todo cuanto pasa—
muerda el hongo a traición
su hueso algodonoso,
y tanta calma, tanta,
(ahh, Realidad Espejeante)
que las palabras me van pesando
con la fuerza obtusa de un cerrojo
herrumbado.

San Juan de Pirque
octubre de 1973.

● A L F O N S O A L C A L D E

El mar subió en un 450%,
el dolor en un 783%,
la ira en un 1.234%,
el terror también subió otro 897%,
Las lágrimas están por las nubes.
El odio aumentó en un 4.500%,
los ataúdes en un 367%,
las palas para cavar las tumbas 698%,
la tierra para enterrar los muertos 995%,
la vida aumentó en un 2.345%
y la muerte un 5.678%.

● B E R N A R D O B A Y T E L M A N

CONJURO PARA MATAR A LA MUERTE.

Soy el hombre que se hizo a si mismo,
dueño del cielo y de la tierra.
Domador del espacio,
equilibrista victorioso del gran circo.
Maté en Corea, en Chile y en Viet Nam,
y siempre he sido el triunfador,
el conquistador inteligente,
el inmortal.
No conozco el odio ni el frío
ni el amor.
Sólo el miedo a dejar de ser el triunfador.
Sólo el miedo a la muerte
me mantiene vivo,
y nada más.

ENSALMO DE LA IDENTIDAD.

¿Y si no fuere el que fuere?
¿Si la unidad de los contrarios
no fuese mas que una forma de equilibrio?
¿Dónde estás entonces para pedirte cuentas?
Debo ensalzar tu ubicuidad entonces,
tu aquel dejarnos solos
en medio de la arena
y que nos coma el león
después de los aplausos de los yankis.
Soy el que soy.

Aún.
Apenas.

LA TRAMPA

● DANIEL RIQUELME

Al entrar al café supe que me buscaban. En la mirada aviesa del peládo Viguera, primero, en la sonrisa forzada de Figueroa, después; sólo el gringo Keller me recibió con su risa torpe y obsequiosa de siempre. Hace tiempo recomendé sus moteles a mis amigos y conocidos de Santiago y durante los tres últimos años tuvo veranos y cosechas frutíferas. En atención a eso y cierta corriente de cordialidad que no me parecía necesario negarle me ofrecía invariablemente el primer café de la mañana. — ¡ un exprés para mi amigo Pepo, Rosita, por favor! — y sus ojos claros circundados de rojo me quedan mirando pestañeantes. Le dije cualquier cosa, talvez un saludo, no recuerdo. Sentía mi cuerpo tenso, mis nervios crispados, una torpeza general, una especie de embotamiento del que no podía librarme. Algo en mí urgía, como si poseyera otro yo mejor capacitado, más alerta y ágil, aprisionado de repente en una red que era yo mismo. Venciendo mi envaramiento bebí mi café con Keller en la barra y seguí luego muy rígido hasta el baño donde vencí unas ganas horribles de vomitar. Moje mis manos y mi cara hasta controlar mis músculos y regresé hasta una mesa donde me bebí dos exprés amargos en un corto momento. El local apeataba a humo de cigarrillos, a pipa, a risas nerviosas. En la puerta de entrada un grupo aplaudió el paso de un camión militar repleto de soldados. Un viejo grita por entre los dientes postizos lo que le da la apariencia de un perro frente a otro con el hocico arrugado.

— ¡ Han salvado a Chile ! ¡ Viva ! — . . . y una mierda— pienso. Pero aquí no puedo expresar mi pensamiento. Trato de encontrar entre las caras conocidas las que han de arrestarme sin siquiera la frase formal de: ¡ queda detenido en nombre de la ley ! Es todo tan nuevo, extraño e inesperado. Como caer de improviso entre una tribu de jíbaros; sin conocerlos, sin saber cómo han de reaccionar. Ahora sé que mi vida anterior ha sido descartada, juzgada y sobrepasada. No hay nada que valga. Si trato de encontrar el más pequeño detalle que pueda dignificarme, a sus ojos quedará desmerecido en el acto, —desfilaste con los comunistas el cuatro de septiembre de etc. etc. etc. . .— y no habrá nada que me pueda salvar de esa acusación.— No milité en partidos, no tuve cargos políticos; no usé de granjerías. . . no . . . — ¡ Desfilaste con los comunistas el etc. etc. etc. . . !

—Mataron a Jaime esta madrugada . . . también a su hermano.— A mi lado se sienta René, gordo, jubilado, allendista de última hora y arrepentido hasta su bisabuela el día de hoy.

— ¡ Qué tenía que meterme en huevadas! — exclama. Su rostro está tenso, sus ojos verdes, asustados y saltones me miran como un conejo en una trampa de huaches. — ¡ Ya ni siquiera se sientan con nosotros— me dice dolido, enronquecido de miedo y rabia mirando caras conocidas a nuestro alrededor, —es que me están buscando. . . y lo saben—! , le digo. Entonces boquea como un pez agónico en alguna playa olvidada. Se para sin hablarme, con el sombrero encasquetado hasta la nariz y desaparece del café en la punta de los pies, como una bailarina

de sainete en un teatrillo de pueblo. Carcajadas perdidas de una mesa del rincón del café parecen hundirlo en su retirada y ya en la puerta es sólo un sombrero y un gabán que caminan sobre unos tacones increíblemente altos. Esa huida grotesca me arranca mi propio miedo casi de raíz y estallo en una carcajada estruendosa que me deja por un momento en el centro de la atención. Pasan segundos y minutos sin que pueda controlar mi risa; golpeo la mesa, los restos del café saltan por el aire y la taza se hace trizas en el suelo. El pelado Vigueras y Figueroa se acercan a mí intrigados; han visto a René acercarse a mi mesa, nos han espiado durante los minutos que duró nuestra conversación, han seguido la salida de René con mirada de mastines, han quedado mirándome y esa risa mía, que nunca, lo juro, sabrán ha sido desgarradora, que sólo la han percibido como un latigazo sobre el gordo, mi risa que parece a sus ojos el bofetón final, y que sólo yo sé lo que es esa risa, los atrae en su curiosidad malsana y el deseo de llegar a encontrar algo nuevo esta mañana, algo para vender, o alguien a quién vender y justificar así su oficio de soplones. Atrás los sigue el gringo Keller. Los veo venir y de improviso pienso en si serán ellos los que han de arrestarme y mi mano, como si no me perteneciera, abre mi cortaplumas en el interior del bolsillo de mi abrigo; porque hay algo en mí que no se dejará tocar jamás por las manos sucias de estas mierdas. Ante mi mesa toman asiento, le hacen un hueco al gringo y se quedan mirándome. Hay algo común en sus caras, algo que no tiene la del gringo, este es sólo un bruto cordial y amable pero en los otros dos rostros percibo cierta maligna curiosidad y algo más que no puedo precisar. Es un pequeño gesto que en mi confusión actual no llego a aclarar. Mi risa ha desaparecido y gano algunos segundos mientras limpio mis ojos; ellos esperan, sentados de cierta manera, con una actitud animal o de pájaros atentos, una explicación a mis carcajadas, —por mi madre— pienso —voy a ser la Esfinge para estas vacas—. El gringo Keller me pregunta, —¿y que pasó negro? René se fué como si se lo llevara el diablo—. Y sigue deshilvanando su propia novela sobre lo ocurrido. Y recuerdo de improviso el gesto común de Vigueras y Figueroa. Es la mirada de Judas en la Última Cena de Leonardo. Y ahora me da lo mismo todo, si en dos mil años . . . pero hay algo más, no sólo traición y vileza, también cosas buenas han ocurrido, hay pueblos de pie batallando su porvenir, tal vez no supimos preparar ni defender el nuestro, —¡qué cresta! — me digo —siempre estuvimos pensando en la oposición—. Y otra carcajada estruendosa me sacude. De pronto me doy cuenta que mi miedo ha desaparecido. Nada más me queda cierto vacío en el estómago y lo lleno con un jamón con queso; pido otro café. Siento el desconcierto de Vigueras y Figueroa. Hay algo en mí que los tiene como hipnotizados.

Desvió todo en una conversación absurda y la siguen como si nada hubiera ocurrido. Trato de analizarme mientras mi lengua moja el sandwich y les lanza esa conversación sin sentido. En mí está naciendo una actitud alerta y doble; por un lado he logrado neutralizar a estos tres pendejos que me miran comer, tragar café, y hablarles. No les he invitado y a esta hora de la mañana sus glándulas salivales les están funcionando como a una boa. Les miro el pescuezo moviéndose de arriba abajo. Por otra parte, he cambiado de posición, de tal manera que domino toda la sala y los menores movimientos de entrada y salida del café. Así estoy alerta a cualquier patrulla que entre al local, aunque no sé si mi arresto lo llevarán a cabo uniformados o policías de civil. Puedo pensar y trazar planes mientras les hablo, percibo la gente que se me acerca, creo que hasta mi olfato se ha afinado. Mi cuerpo es como un arco tenso, llsto a dispararse. —Bueno— les digo finalmente —tengo que hablar esta mañana con el Comandante del Regimiento. Tenemos una fiestecita y queremos alargar el toque de queda. Keller, paga mi cuenta y hasta pronto—. Se quedan con la boca abierta y ya en la calle respiro muy hondo. Aún siento cierta vacilación. Me alcanza un camión repleto de soldados y por mi espina dorsal cruza un temblor frío pero logro dominarme. Me cruzo con muchas caras conocidas, quince, veinte o más años saludándonos pero no esta mañana. Al cruzarnos miran los escaparates, el cielo, atraviesan la calle o se abrochan un zapato que ni siquiera lleva cordones. Ya sé que me buscan, lo supe al entrar al café, pero también sé que he vencido mi miedo o casi todo mi miedo. Nunca me pregunté si soy un cobarde o un valiente. Tal vez las dos o ninguna de las dos cosas. Jamás estuve en el trance pero hoy, confieso, sentí un miedo cerval, acorralado, como si todo, tierra, estrellas, sol, oscuridad, se abatieran sobre mí. En estos minutos he vivido todas las horas pero sé también que estoy saliendo. Como de un baño muy frío y el cuerpo muy castigado. Aún me tiembla la espalda cuando dejo atrás, por la calle, a un soldado con su metralleta y su mirada apuntándome. También sé que él tiene un arma engrasada, lista, y que eso es todo lo que tiene y yo solo mi miedo o lo que queda de mi miedo. Lo que sí él no sabe es que pronto no habrá terror en mi cuerpo, ni a la vida ni a la muerte, y que su metralleta en ese momento no le servirá de nada. Esta idea me alivia increíblemente, torna mi cuerpo ligero y lo siento muy limpio e iluminado por dentro, como si de nuevo estuviera naciendo, y esta vez tuviera conciencia de ello. Y camino hacia arriba por la calle llena de árboles y que ahora veo también llena de sol, rumbo a la casa de Jaime, aunque ahora no estén ni él ni su hermano porque sé que su padre, en este momento, se sentirá muy solo. ●

DE LO OSCURO

• LEONARDO CARVAJAL BARRIOS

Asfixiante, sí. . el ratón le arañó la espalda con sus patas finas, afiladas. Creía que era el ratón, pero nó, esa atmósfera mal oliente era la condensación reseca de excrementos antiguos. A cuatro patas y claro, huían como animales. La idea del Gordo parecía a todos descabellada y sin embargo lo seguían. ¡Qué valor el del Gordo! Tanta lucidez como grasa. El dolor en las rodillas lo venía a sentir ahora, cuando todo había pasado y resultaba increíble. Bendita la borrachera del milico que no se dio cuenta por eso y los había dejado solos en el baño. ¿Era un baño? Le vamos a llamar así, aunque en realidad sólo era una habitación estrecha con un hoyo para cagar. . . simulacro de decencia. El hoyo del water y la tapa bendita en el rincón; que si no se le ocurre al Gordo, que si no hubiera sido antes alcantarillero ésta es la hora en que están todos muertos. Ese era un grupo de culpables. . el dirigente de Maipú, el Gordo que era un desconocido matador de dos del regimiento Buin frente al aeródromo, el estudiante de filosofía que tenía el pelo rubio y le decían el Rubio. Gracias al milico borracho que se fue a tomar debajo de la parra con los otros y les dio unos cuantos minutos.

Ellos no se conocían al principio, siempre ocurre así, pero después de catorce días juntos dentro de la cuadra, respirando caca de caballo y mirándose unos a otros el cuerpo cada día con un lunar nuevo hecho por la corriente y las marcas de los zapatos en las costillas, se sentían uno. . . porque a la hora siguiente la suerte podía ser la misma para todos.

Es cierto que nadie había considerado siquiera la posibilidad de fugarse. Estaba aún muy cerca ese día 11 de septiembre que señaló el comienzo de la matanza y todos tenían el terror metido en la carne. Además: ¿no los habían amenazado tanto ya con la muerte, que ésta les parecía algo natural?

El teniente Medina era el maldito que le había enterrado la aguja en el duodeno. . y ese hueco pequeño desde entonces sangraba. Los mantenían desnudos, catorce días desnudos y por cierto que septiembre resultó un mes frío. Pero bueno, el cuerpo al natural se hace cara.

"Gordo querido: ¿cómo fue que nos dijiste? ",

Julio de Maipú evocó. . . .

— ¡ Eh, compañeros ! Yo trabajé de alcantarillero hace tiempo. Esta tapa —y mostraba la tapa metálica redonda del rincón por la que escasamente pasaría un cuerpo— es la entrada de la alcantarilla. Por este tiempo no echan a correr agua por aquí y podemos probar.

¿Probar qué?, era la pregunta que se adivinaba al observar los cuatro ojos desorbitados por el hambre. —Hay que decidirse, compañeros. . . ¡ yo me voy ! "Qué si se iba. . . y todos nos íbamos?" Ni dudar lo siquiera; finalmente daba lo mismo. Esa vez probar, jugar a la aventura era aferrarse a una alternativa de vivir.

En tácito acuerdo, el Rubio y el Gordo metieron los dedos por la hendidura que quedaba entre el contorno de la tapa y el cemento y la alzaron. Si

venía el milico los mataba ahí mismo. Julio habría querido ayudar a levantarla pero el maricón del teniente le tenía los dedos pisoteados, sus manos eran apáticos adornos del cuerpo.

—Busca un alambre —le dijo el Gordo a Julio.

¿Un alambre? ¡ Estaba loco ese Gordo ! ¿Cómo iba a encontrar un alambre ahí? Pero si el Gordo lo decía. . . .

Julio no se movió, aunque el Gordo lo pidiera él sabía que ahí no encontraría ni alambre ni cosa que se le pareciese.

—Mira, compañero. . . —le indicó el Gordo—, a tus pies: ¿qué es eso? —O Julio estaba loco o ese largo y delgado cilindro que estaba debajo de sí era un alambre de verdad.

—¡ Alcánzamelos, rápido !

El Gordo le entregó el alambre al estudiante y le dijo que una vez que hubiesen entrado los tres, amarrara la tapa a la enmohecida escalerita de hierro. Julio dedujo que él iría al medio, detrás del Gordo.

Por un momento los tres miraron hacia abajo. . . . era un hueco negro y hediondo, estrecho, desconocido. . . era la vida.

El Gordo fue el primero en meterse de cabeza, sujetándose de las barras de hierro. . . “Porque ésta es una boca demasiado estrecha para mí”, dijo; y Julio y el Rubio rieron. . . rieron.

Julio cayó sobre una pierna del Gordo, él no podía sujetarse de las barras de hierro. El Rubio amarraba la tapa. Se sentía un mugido gutural y la corriente de aire frío, húmedo. . . el resto era la oscuridad y una hendidura en el piso por la que corría un hilillo de agua espesa.

Los tres a cuatro patas, ya ubicados dentro del tubo en la correcta posición para viajar, no se movían. . . .

Julio con la cara enterrada en las nalgas del Gordo y el Rubio con la suya en las de Julio.

¿Qué esperaban precisamente? De un momento a otro podrían comenzar a forcejear la tapa y allí, en esa posición, apretujados, con una sola dirección para gatear, eran hombres atrapados.

—¿Qué pasa? —dijo el Gordo.

—¡ Avanza tú, que eres el primero ! —señaló el Rubio de manera inteligente.

No había para qué llevar los ojos abiertos y sin embargo a ninguno se le ocurría siquiera pestañear. El silencio se hacía más denso momento a momento.

El Gordo repetía maquinalmente que por allí no soltaban agua, que él estaba seguro y se arrastraba con agilidad que en nada iba con su volumen. Julio sentía demasiado dolor en el estómago como para pensar en el miedo, las arcadas secas le venían con mayor frecuencia; a ratos no podía avanzar y el Rubio lo empujaba con la cabeza. Las manos caían sobre telas de araña, bichos o quizás qué alimañas que arrancaban. El arrastre de ellos debía escucharse a un kilómetro de distancia, sus voces,

las exclamaciones y la respiración gangosa por la boca.

—Eh, Gordo. . . esto no tiene salida.

—¡ Qué se yo ! —contestó agitado el Gordo—.

Los que hicieron esto tienen que haber salido por alguna parte.

—¿Tú crees?

Cuando Julio y el Rubio preguntaban con vacilación, el Gordo avanzaba más rápido. . . Julio sabía que él llevaba tanta incertidumbre como ellos, que a él le costaba más desplazarse. . . ¡ si era de esos que no se pueden meter en las cabinas telefónicas !

—¿No estaremos doblando? —preguntó el Rubio.

Se le ocurría que podían ir a dar a una tapa que diera al mismo regimiento.

—Vamos en línea recta, las alcantarillas no tienen curvas —aclaró el Gordo.

Esos alcances técnicos los llenaban de confianza. Es claro que ninguno sabía qué clase de alcantarillero había sido.

Se hacía más pesada la atmósfera. Fatigados, sudando y fríos. . . pero la sola idea de morir allí renovaba sus fuerzas. “Que los ratones comían cadáveres también”, había dicho el Gordo. “Que bastaría con que se quedaran un momento inmóviles para que frente y detrás de ellos se llenara de luces rojas, ojillos rabiosos de ratones hambrientos”, y entonces el Rubio le daba más rápido y empujaba a Julio y Julio al Gordo. Que quizás el Gordo estaba realmente fuera de sí y que era mejor volver atrás. . . ¡ ni pensarlo ! . . . si no había posibilidad de darse vuelta. El tubo era un arma de doble filo, los obligaba a seguir, tal vez interminablemente.

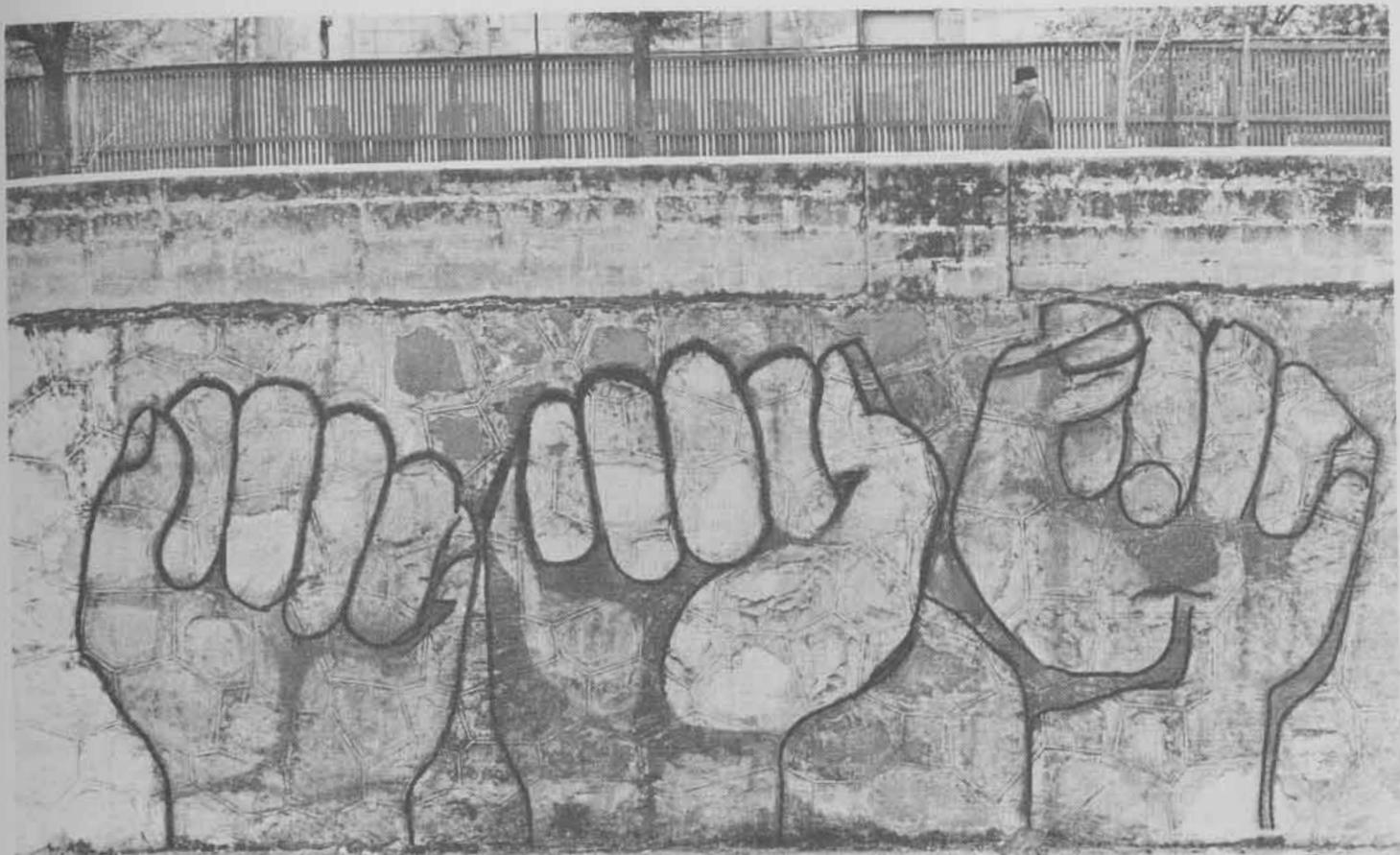
—¿Qué fué eso?

—¡ Una rata, una rata ! ¡ Esto está lleno de ratas !

Por ahí no pasaba el tiempo. A siete metros bajo tierra todo es diferente. Estar allí podía significar la anticipación del entierro. El Rubio luchaba por no quedarse atrás y Julio no separaba su cara del traste del Gordo. . . de pronto se apretujaban o caían embarrándose la cara con el agua espesa. Ya no era la esperanza de la salida lo que los obligaba a avanzar, sino el terror a quedarse ahí. . . sin que nadie, ni los mismos milicos fueran a sacarlos.

El Rubio imaginó la escena hogareña. . . cuando él llegaba tarde a casa y recorría con sigilo las habitaciones; quería mucho a su gente. Casi siempre todos dormían, entre las sábanas blancas el cuerpo de papá y su ronquido que daba la pauta a los otros respiros. Su madre siempre despertaba: “Llegas tarde”, decía y esas palabras eran para él recomfortantes, un cariño acostumbrado. Su pieza era la mejor de la casa. . . la estantería con los libros, la cama frente a la ventana. . . esas eran sus cosas, parte de su vida. ¿Qué estarían pensando? Seguramente ya lo daban por muerto.

—Julio. . . —llamó el Gordo—, Vas a tener que darme un empujoncito, esto se pone más estrecho. Era posible que el tubo se acabara, que estuviese



Fotografía de Marcelo Montecino

pronto a llegar el momento en que el Gordo no pudiera avanzar más.

—¿Es normal que se haga más angosto? —preguntó el Rubio.

—Vamos a detenernos un momento —señaló el Gordo.

—¡ Ah, ya no doy más ! —exclamó Julio.

—Dime, compañero —insistió el Rubio—. ¿Es normal que se haga más angosto?

El Gordo estaba perdiendo la seguridad. Lo cierto es que no tenía idea de alcantarillas, que nunca había trabajado en eso. . .pero si no mentía los muchachos no habrían querido seguirle y él sólo jamás se hubiese atrevido a viajar por semejante catacumba. Ya no estaba sereno, la posibilidad de que su mentira se hiciera realidad acababa con el autocontrol. Es que a veces uno se convence de la certeza de cuestiones sólo imaginarias. . .es una necesidad circunstancial valedera cuando constituye la única tabla de salvación. Tenía treinta y dos años y ellos eran casi unos niños todavía. . .la responsabilidad era suya, pero sabía que no iban a morir, porque algo le decía que su hora aún no llegaba, que tenía un mundo por delante. De cualquier manera ya no podía (no tenía ningún sentido) seguir engañándolos.

Si algo salía mal no quería cargar con toda la culpa. Julio apoyó la cara sobre el hilillo de agua. El escozor de los brazos se hacía insoportable: “Con las manos buenas esto no sería problema”, se decía a

sí mismo; no pensaba más que en eso, y es que en realidad no había nada de su existencia a lo que aferrarse, él no tenía nada que perder, cada uno de sus pasos había ido dirigido a la consecución del alimento diario. Desde hacía dos años, más o menos, que no vivía en un lugar fijo, desde que su padre murió alcoholizado y mamá y sus hermanos y él salieron a buscar trabajo, terminando por no verse nunca más. Esto era para él distinto sólo por los agudos dolores en el cuerpo. Recordó a María, la camarada de la célula. . .hacía mucho que la quería, pero el trabajo del Partido no le daba tiempo. —Oye, Gordo —volvió a preguntar el Rubio—.

¿Es normal?

—Mira compañero. . .yo ya no entiendo esa palabra: “normal”. No es normal que mi mujer y mis hijos se estén muriendo de hambre, que yo matara a los traidores desgraciados, que ahora esté aquí. . .ya no entiendo nada.

—Entonces —en la voz del Rubio había desesperación— quizás esto no tiene salida. . .

—¡ Yo no sé ! —dijo enrabiado el Gordo.

—Compañero, muévase —intervino Julio—. Estamos perdiendo tiempo.

El Gordo juntó los hombros. . .“mierda”. . .tenía el tórax demasiado ancho.

—Vas a tener que empujarme —le dijo a Julio.

—“¿Cómo?”., se preguntó este y maldijo sus manos y al teniente.

Julio cargó la cabeza en las nalgas del Gordo.

—i Eh, Rubio ! —dijo—. i Empújame !
Así, forzando los brazos, recibiendo los empujones desesperados del Rubio y enterrando la cabeza en el Gordo, avanzaron unos cuantos centímetros.
—i No puedo, no paso ! —exclamó con abatimiento el Gordo.
—i Es que tienes que pasar porque yo no me muero aquí ! —gritó Julio.
—i Cállate ! —ordenó el Rubio—. ¿Y si nos escuchan?
—i Ojalá nos escucharan ! —dijo el Gordo—. Los únicos que pueden oírnos son los ratones y la mierda ésta, i la mierda de todos los que viven en este sector !
—Vamos a intentarlo nuevamente —sugirió Julio—. Rubio, ya, i empújame !
—No tiene sentido —dijo el Rubio, y se quedó quieto.
—i Mira, maricón. . .yo no te metí en esto pero no voy a morirme por tu culpa !
—i El Gordo tiene la culpa ! —gritó desesperado el Rubio.
—i En esto nos metió el fascismo ! —dijo tajante el Gordo—. Y entre morir aquí o fusilado o de una patada, o por la corriente, hay una pequeña diferencia. . .podremos decir, en el último instante, que al menos lo intentamos.

Pasados unos metros, el tubo volvió a ensancharse y luego se hacía más estrecho nuevamente. Pero ellos seguían, ya ninguno reclamaba. Finalmente se había entablado el tácito acuerdo de que ése era el hacer del momento, que nada más tenía sentido y la obesidad del Gordo ya no importaba, ni la esperanza de vivir. . .estaban vivos y seguirían vivos mientras se mantuviesen en movimiento.
A veces es mejor creer que todo está perdido, no por mero derrotismo ni por desconsuelo irreflexivo, sino mas bien como forma de anteponer a una desesperación entorpecedora, apática, la voluntad férrea y rabiosa que producto del convencimiento de la derrota, exige del hombre una respuesta a ella misma que más allá de lo que indique la propia realidad, es fuerza activa, inconformismo animal, instinto.

—i Silencio !
Callaron, se detuvieron. Julio sintió como al Gordo le comenzaban a temblar las piernas. Pasó un minuto que se hizo infinito. El Rubio sollozaba. Julio pensó que todo estaba perdido, se imaginó la boca del cañón de un fusil, apuntando a escasos metros del Gordo. Si el Gordo los había hecho callar era porque había oído algo, porque había visto. . . no, esto no, con semejante negrura no se distinguía él la mano delante de los ojos.
—i Silencio !
El Gordo estaba jadeante, las piernas le temblaban más.
—i Esperen un momento ahí !
—¿A donde crees que vas? —preguntó Julio irónico.

—No, no voy a ningún lado. . .quiero que esperen a que me calme un poco.
“Si el Gordo se vuelve loco estamos lucidos”, pensó Julio.
—Oye Rubio: deja de llorar, ¿quieres?
—No puedo. . .no es llanto, i quiero salir, me ahogo !
El Gordo pestañeaba incrédulo, se refregaba los ojos. . .los cerraba largo rato y luego los volvía a abrir. Era cierto, no era una ilusión. . .tenía que ser cierto. Ante sí, un haz de luz, recto, delgadito, caía desde lo alto a la base del tubo, iluminando un pequeño círculo.
—Esto es maravilloso, muchachos. . .i es de verdad la luz ! —murmuraba exclamativamente el Gordo—. . .Sí, llegamos a la salida. . .estamos salvados. . . Y las incoherencias del Gordo cortaron los sollozos del Rubio y Julio suspiró. Ninguno de ellos hacía nada por moverse, por alcanzar la salida. Parecía increíble y quizás el Gordo mintiera, fuera sólo una alucinación.

—Bien, compañeros. . .i vamos a salir ! —ordenó el Gordo con voz triunfante, y era su triunfo, su maravillosa y audaz mentira.
Pero el Gordo no se movía.
—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Julio.
No. . .no sé —respondió el Gordo.
—¿Qué vamos a hacer? —exclamó el Rubio.
—i Dilo tú ! —dijo Julio.
—Salgamos, no queda otra alternativa. . .i Yo salgo ! —aseguró el Rubio.
—Anda, i sale !
Habría tenido que comerme a Julio y al Gordo.
—i Gordo ! —dijo Julio—. Tú tienes que salir primero. Levantas un poco la tapa y miras bien.
—i Qué fácil parece ! —exclamó el Gordo.

Avanzaron y de pronto Julio vio como el Gordo se enderezaba. La línea luminosa bajaba por la espalda del Gordo y venía a dar de lleno en sus ojos. . . producía dolor, incertidumbre.
El Gordo ya topaba la tapa con su cabeza. . .quizás era mejor aguardar a que se hiciera de noche.
—¿Y? —dijo Julio exigente.
“Estos muchachos no aguantan unas horas más aquí. . .y yo tampoco, yo tampoco”, se dijo el Gordo.
El Rubio le dijo a Julio que quizás una patrulla los estaba esperando; a Julio le pareció lógico, perfectamente posible. . .
—i No seas imbécil ! —le dijo así y todo.
Cuando el Gordo levantó la tapa, el hoyo oscuro pareció inflamarse.
El Rubio y Julio se miraron las caras.
—¿Dónde estamos? —preguntó el Rubio apenas.
—i Sssh. . .! —indicó el Gordo—. Parece que en el campo, en un potrero.

Para Julio ningún amanecer sería más hermoso que aquél, cuando se abrazó de sus compañeros. . .hasta siempre. ●

TRIPULANTES DE LA NIEBLA

● JUAN ROJAS

Algunos bares de Valparaíso tienen algo de barcos encallados al pié de los altos cerros; a donde fueran a parar lo que bota la ola o las marejadas de ultramar; los escombros, cuando en vez del océano, una palpitación sísmica del corazón de la tierra sube arrasando ranchos, derrumbando palacios y catedrales.

Los que están en torno de la calle Clave y de la Plaza Echaurren tienen más sabor a mar que los de "Las chiquillas del cerro Alegre", o ese "Juan Bulla" que desde la cumbre de Playa Ancha se anunciaba a los antiguos marineros con un gran letrero de azarcón verde, con el nombre puesto a todo lo largo y lo ancho de su pared de zinc acanalado que daba al mar. Era de un chileno que se había casado en Liverpool, Julio Barrientos, y muerta su mujer inglesa, había traducido simplemente el "John Bull", de la "Bristish Crownland" por el "Juan Bulla", más conveniente para sus intereses y los de sus connacionales. El amor y el olvido son otras características de los hombres de mar y playa.

"Sobre las Olas" también se llamó antes "Overseas"; pero Emilio Vaccaro, oriundo de Fuimicino, en las cercanías de Roma, se lo cambió por ese nombre más valseado. Su mujer, Sofía, era una porteña con mirada de alga, que tenía una viñita en Reñaca Alto, más allá de la gran Viña del Mar, de donde Vaccaro sacaba un mosto personal, según él, de sus propias uvas traídas de Italia. Sofía sonreía, ya que habían sido sus propias manos las que habían plantado esas cepas chilenas cuando compró ese sitio con sus ahorros de vendedora de mote con huesillos. Así, Fuimicino y Reñaca, Roma y Valparaíso, llamado por sus marinos cariñosamente "Pancho" para distinguirlo de su tocayo grande, San Francisco de California, se entreveraban con la clientela del restaurante. Concurrían a "Sobre las Olas" tanto bohemios, marineros de tránsito como hombres de trabajo; padres de familia de la clase media que iban a dejar sus tedios hogares; estudiantes, profesionales, médicos, arquitectos, empleados de construcciones y carreteras, que saben lo que cuesta la caída de una teja en la cabeza como un dólar en el bolsillo del contratista o del contrabandista. De todo había allí, bajo los resplandores de cochayuyo de Sofía en la caja y de su Vaccaro repartiendo sonrisas y "uvas de Italia".

Y llegó el once de septiembre de 1973; la Marina se tomó toda la región de los chirimoyos, paltas y tomates de Lima-

che; llegando a conectarse en el Cerro de los Caquis con la Escuela de Caballería de Quillota; en resacas posteriores, se llevó una buena redada de la clientela del restaurante "Sobre las Olas", y entre ellos, su dueño, Emilio Vaccaro, quien fué denunciado por un parroquiano como protector de una disfrazada escuela de guerrilleros, que en el segundo piso arrendaba dos piezas para una organización universitaria dirigida por un tal Fernández, un colombiano que con la primera botella de las "uvas de Italia" empezaba a recitar un poema de su compatriota Jorge Robledo Ortiz, aprendido de memoria de tanto oírsele en un café de Medellín. Al final, no dejaba de entornar los ojos hacia la mirada de alga de Sofía, como esperando su aprobación:

" Si yo fuera Simbad,
y un hechicero
de un infusorio hiciérame un navío,
surcaría una gota de rocío
con arrestos de lobo marinerero.

" Sería un don Quijote bucanero,
y en el palo mayor de mi extravío,
para afianzar mi fuerza y señorío,
mandaría que ahorcaran un lucero.

" Y una noche cualquiera en un asalto
encallado a una roca de basalto
o anclado en un islote de coral
para darlo a una negra de Etiopía
burlando toda ley me robaría
hasta el bronce del anillo ecuatorial".

El poema se nos quedó en la memoria a los contertulios; no así el tal Fernández, que dicen que fué el único que advirtió a dos de sus íntimos la misma noche en que la escuadra zarpó a la operación "Unitas", de que ésta no se juntaría con los barcos yanquis, sino que, siguiendo la tradición de Lord Cochrane regresaría entre las sombras de la noche y la niebla del alba a tomarse hasta el último tomate y pimentón limachino, ya pintones en septiembre, entre verdes y rojos.

Y si así no fué, así me lo contaron los labios del doctor Ludgardo Cáceres y de su mujer Gloria. Ellos son los narradores de estos hechos que suben de mi corazón a mi memoria, con el respeto que siempre he tenido por la rueda de un timón o de un auto cuando salta descontrolada en un camino. Ella es alta, rubia y de ojos de ágata. Ludgardo es más bajo; pero un mechón blanco se sacude en su cabellera negra, cuando alguien mira demasiado esos ojos de ágata. A veces las manos de la Gloria se mueven también como las cabillas de un timón y sus ojos se cierran y se abren como si anunciaran las salidas del sol en los Andes y su postrer rayo verde cuando se hunde en el Pacífico. El relato del doctor Cáceres fué parco y moderado, como todo hombre que ha sufrido en carne propia los acontecimientos:

Cuando llegamos al molo de abrigo, nos ordenaron tendernos de guata sobre el cemento. Allí atracan los barcos pesqueros de alta mar; pero ahora estaban fondeados lejos del molo. Eramos cincuenta y cuatro detenidos. Yo quedé entre dos bitas de hierro. Me detuvieron trabajando en el hospital; así, estaba con mi delantal de médico y el gorro blanco que uno se pone para las operaciones. Las manos puestas en la nuca. Al que se movía le llegaba un culatazo. Los otros detenidos eran de diferentes partes. No sabía su origen ni las causas de su apresamiento. Yo mismo no pude comprender el trato conmigo. De mi hospital había enfermeros, choferes y auxiliares. Cuando los infantes de

marina se tomaron el hospital, nos pusieron a todos con las manos en alto contra la pared del patio, después de quitarnos lo que llevábamos en los bolsillos. Apoyado en la pared, con las piernas abiertas y las manos afirmadas durante tres o cuatro horas, me fui cansando. Soy un hombre de más de cincuenta años. Einstein explicó la ley de la relatividad diciendo que no es lo mismo estar sentado sobre una plancha de fierro caliente al rojo como en el banco de un parque junto a una buena moza. Con la muchacha una hora parece un minuto y sobre la plancha caliente un minuto es una eternidad. Cuando las piernas abiertas no me dieron más, "me voy a caer", le advertí al infante de marina que con bayoneta calada en su fusil me mantenía así. "¡Para que no te caigas!", replicó, juntándome las piernas con patadas en los tobillos. Por supuesto que me derrumbé. Tanto por fuera como por dentro. No sé si alguien más rió con el chiste de mi humillación. Dicen que nuestro pueblo tiene el sentido del humor chispeante. Que se lo da el sol entre la cordillera y el mar de la zona central; pero yo soy de la Pampa del Tamarugal. Tengo la resistencia y la hosquedad del tamarugo del desierto, y sólo sabía reír toda vez que Vaccaro hacía un chiste "Sobre las Olas" y Sofía mostraba sus dientes de la sal de la tierra. Me levanté y continué con mi posición humana de "Colonia Dignidad", hasta que nos trasladaron al molo de abrigo de los barcos pesqueros. Allí se me corrió el gorro de médico y dejé mi calva expuesta al sol de septiembre. Entonces, el mismo infante de marina que me había pateado en el patio del hospital, con la punta de su bayoneta me acomodó el gorro en la cabeza protegiéndome del sol. Su gesto me asombró. En unas cuantas horas había pasado de la crueldad a la bondad. ¿De la bestia al hombre? Pensé en lo que quedaba de hombre en él, y fué mi primera esperanza. No tengo otra. No puedo creer en Dios. Lo quisiera, pero es la fatalidad de un médico que crece luchando contra la muerte empleando sus herramientas y el trabajo de la vida. Ocurrió otro hecho casual, pero que es corriente en esa poza donde fondean los barcos pesqueros. Cuatro grandes focas negras, relucientes entre dos aguas, se acercaron a la altura de mi vista. Las veía claramente de arriba abajo. Comían las colas, las tripas y las cabezas de pescadas y merluzas que los pesqueros faenaban en sus cubiertas. Eran más felices y libres que el médico de guata y con las manos en la nuca que las observaba. Recordé una tarde con mi Gloria que vimos más de media docena de estos grandes lobos de mar. Como para celebrar el festín se pusieron a bailar. Sí, a bailar. Las cuatro se zambullían gozosas de su libertad y de su comida que les había caído del cielo. A mí sólo hambre y sol. Haciendo eses bajo las aguas se perdían y aparecían con ritmos coordinados, juntando sus bigotudos bellos sobre la superficie espejeante de sol. Me entretuve mirando sus elásticos movimientos. A mi Gloria le gusta la danza, y, de pronto, entre las pieles relucientes ví el resplandor de su cabellera de oropel. Era mi quinta foca nacarada y rubia, como si "Las chiquillas del cerro Alegre" hubieran descendido desde su altura de ángeles a acompañarme en el martirio. No creo en Dios, pero sí en la Biblia, y Cristo es para mí el símbolo del bien en el hombre. Fué un alivio aquello; pero con el sol las bitas se recalentaron. Mi mejilla izquierda empezó a enroncharse. Luego el sol volvió a darme en la nuca. El infante de marina se dió cuenta de mi tormento y con su bayoneta volvió a correrme el gorrito de doctor. El ahora era el dueño de mi vida como yo en la mesa de cirujía de la de mi paciente. Los papeles se invertían, él

con su bayoneta calada podía atravesarme, arponearme como a una foca; pero me compadecía. En la mesa de operaciones a veces me ha temblado el bisturí entre la vida y la muerte, y he sentido algo del hombre y de Dios. Con la suela de mi zapato, asimismo, he aplastado una chinche o una hormiga, y he pensado si no sería un dios. Sabía que en el redondel de la muerte es donde se prueban los toreros; pero aquí no había ni siquiera un "Plan Toro" llevándolo entre sus cachos en "Plan Z". Nada sabía yo de eso hasta que conocí la verdad del infante de marina con su bayoneta calada y la danza de las focas entre las goletas pesqueras. . . .

"Puro Chile es tu cielo azulado
puras brisas te cruzan también
y tus campos de flores bordado
es la copia feliz del Eden"

. . . Dieciocho de septiembre a bordo del barco "Lebu" convertido en nuestra cárcel flotante. Un tipo alto, moreno, rostro típico chileno. Sub oficial o sargento. No sé bien distinguir los grados. Entonó con voz estentórea la canción nacional. Con el mismo vozarrón nos ordenó cantar. El tiempo había cambiado totalmente del molo al barco. Ahora una niebla fría, pesada como el aliento de las piedras, se introducía por la abertura de la bodega donde nos mantenían encerrados. Nadie cantó. Sólo la niebla se arrastraba a los pies del sub oficial, envolviéndolo con su frialdad. Los presos también estábamos entumidos como las piedras de la costa a Concon cuando la niebla marina empieza a esculpir rostros de humanos y de bestias, animales de las orillas, anfíbios, hieráticos, estáticos, poliédricos, con olor a mar y podredumbre de algas. El hombre, como un coloso enfurecido, vociferó: "¡Apatridas, traidores, no saben cantar la canción nacional. . . sabemos que cada uno de ustedes tenía orden de matar a por lo menos siete de nosotros, los de la Armada, y a diecisiete milicos, hombres de tanta fortaleza que son como estacas para defender las fronteras de la Patria!" Y otras cosas más que no recuerdo. Le obsesionaba el "Plan Z", creyéndolo a pie juntillas. Incluso parecía que su cólera se medía con el miedo influido por el inventado plan. Nadie cantó. Hizo sacar del grupo en posición firme dos presos jóvenes, unos "cabros". "¡A ver, a ver. . . —les dijo— yo les voy a enseñar la canción nacional que ustedes se merecen:

"Los pollitos dicen
pío, pío, pío
cuando tienen hambre
cuando tienen frío. . . ."

Humillados, con las cabezas gachas, como la niebla espesa y fría que seguía entrando y saliendo por la escotilla, empezaron a entonar la primera canción infantil que se enseñaba en nuestras escuelas primarias. Yo la canté también cuando niño. Tal vez sea la canción nacional de todos los pueblos con hambre y con frío en medio de una neblina espesa. La de los gorriones y otros pájaros, palomas y golondrinas de mar, que al alba picotean sobre los muelles del mundo el trigo de la descarga de un barco granelero. Tal vez los pueblos no sean más que eso: niños grandes que necesitan por lo menos pan, techo y abrigo, como el lema del presidente Pedro Aguirre Cerda, o "el vaso de leche", en el cuento de Manuel Rojas, o "el pan de cada día", que ofrece el rezo, el único enseñado por Cristo a sus discípulos. —Bien, muy bien —rió el sargento—; pero eran mejores cuando cantaban "¡Venceremos!" . . . les salía mejor la voz . . . ahora parece que se les ha entrado bastante.



Fotografía de Marcelo Montecino

La niebla seguía envolviéndonos como la bandera de otra patria en el fondo de la bodega del "Lebu". Nos habían quitado los cinturones, los cordones de los zapatos para que no intentáramos lo que hizo Zanetta, otro médico, mucho más joven que yo. Una vez creyó que estábamos en el Mercado de Valparaíso. "Vamos a tomarnos una cerveza arriba", me invitó. Desde el diecisiete de septiembre estábamos sin tomar nada más que agua. Curiosamente la bodega tenía entrepuestos semejantes a los pisos del mercado cercano a la plaza Echaurren. Cuando me di cuenta de su locura insinué que trajeran un psiquiatra. Perdió la noción del tiempo, espacio y lugar. Una vez lo seguí hasta la escala "de gato", peldaños de fierro redondo adosados a la pared de la bodega, sobre el casco del barco. Pero no subió. Tocó las planchas de fierro como si fuera la puerta de una casa, "su casa"; porque golpeaba con los nudillos para que le abrieran. Otra noche se fué solo por esa puerta, o bien debe haber subido por la escala de gato hasta la regala.

Cayó al agua. Uno de los guardias sintió el chapoteo y lanzó el grito de "¡ hombre al agua !". Lo sacaron y lo salvaron. Es la verdad, fueron los marinos los que lo rescataron. Creyeron que Zanetta había tratado de suicidarse. Nos quitaron por prevención todo objeto que pudiera servir para un suicida, y, posiblemente para que no siguiéramos el camino de Zanetta, dejaron colgando desde la escotilla de la bodega una soga con un nudo corredizo; de esos nudos marineros que se pueden atar y desatar con un tirón. No se necesitan la espada de Alejandro Magno ni el genio de su maestro Aristóteles. Basta la psicología de un infante de marina chileno en las cámaras de tortura en que convirtieron las cuatros bodegas del "Lebu". Allí quedó la horca, colgante y oscilante, como una invitación al suicidio, a los

barquinazos que el mar hacía dar al "Lebu". Cercana a la escala de gato, para no tener que recurrir a la liberación del mar. Pero sólo las espesas corrientes de niebla que duraron a intervalos cotidianos entre salidas de sol después del mediodía alrededor de una semana, entraban y salían ahorcándose y desahorcándose en el nudo corredizo oscilante. Su presencia era fatídica. Pensé que sólo los hombres se suicidan. Los dioses no se suicidan. Permanecen hasta que los mismos hombres los ahorcan.

El "Lebu" era un carguero de la Compañía Sudamericana de Vapores en uno de cuyos barcos navegué de médico en mi juventud. Sus cuatro bodegas numeradas de proa a popa estaban subdivididas en compartimentos para la seguridad de la estiba de las diferentes cargas. Antes del once de septiembre se había incendiado quedando hecho una ruina de escombros carbonizados y hollín. Hasta las escaleras de gato estaban medio retorcidas con el siniestro interior. Fondeado a la gira al norte de la salida del puerto de Valparaíso su cubierta había quedado escorada hacia babor. La hacía peligrosa. Esto lo supieron bien los centenares y tal vez miles de presos políticos que por esas bodegas y sus cubiertas desfilaron después. El océano Pacífico tiene las olas más altas de todos los océanos. Calmas traicioneras donde la niebla hace encallar buenos buques como el "Northern Breeze" en los Farellones de Quintero. Lleva más de un año allí, quebrándose por partes. Primero se le dió vuelta de campana la proa quedando con la quilla al sol. Prolonga su agonía con el blanco puente de mando sobre la mitad de la popa. Pero asentado en rocas planas continúa en eterno naufragio. En cambio el "Lebu", ladeado y zarandeado, fué escogido para la cárcel flotante más insólita en la gran patria universal del mar. Es como estar preso en un infinito de libertad. Prometeo encadenado a los Andes es menos que un

preso político rolando en la carlinga del "Lebu" de babor a estribor y de proa a popa. Salíamos negros de hollín y revolcados de carboncillo para los interrogatorios. Solo el Genio del Mal escogió ese barco para prisioneros de la "guerra interna" que Chile se había declarado a sí mismo.

—“¿No te da vergüenza ser médico y tan recochino?”—fueron las primeras palabras de mi interrogador, un individuo mediano, de sonrisa burlona, y agregó—: ¿Quiénes son tus amigos más íntimos? ¿Tu mujer? ¿Tus parientes? ¿Tus hijos? La memoria tiene un reflejo condicionado para bloquear los recuerdos de los sufrimientos. Sólo la presencia de una luz, de un objeto, trae el recuerdo al sujeto. Me paso la mano por los ojos como la almohadilla de un pizarrón para borrar o recordar aquellos días y noches de tormento interior en plena mar.

Una madrugada de calma chicha me sacaron de la bodega y me pusieron con las manos en alto contra el pañol del castillo de proa. Oí voces de mando para el pelotón de fusilamiento. Sé que avanzan en zapatillas de goma. Pero lo que más hirió antes que balas fué la voz sorda que dijo a sus hombres: “¡ Que tengamos que matar a este gordo huevón por extremista ! ” Me dolieron las tripas de rabia no porque nunca hubiera sido extremista de nada. Creo que todo extremismo se junta fatalmente con el otro extremismo y no controlan la desintegración de sus átomos. Sentí un desdoblamiento de mi pobre personalidad de médico cirujano. La ciencia borra la huella del investigador, del sujeto, sus ideas, aspiraciones y esperanzas. Queda sólo el objetivo científico, verdad, teoría, realidad, ley o concepto.

“El doctor Ludgardo Cáceres —empecé diciéndome a mí mismo— cuya sabiduría es medio ecuatoriana y medio chilena, pues en las universidades de ambos países tuvo que arreglárselas para recibirse, de noventa y dos kilos había bajado a setenta en los quince días que llevaba en la cárcel flotante, ya no es gordo, ni Cáceres, ni Ludgardo. Es sólo una dolorida piltrafa, y ante la cercanía de la muerte piensa tan atollondradamente como nunca antes había pensado en el hombre mismo, animal dormido, divinidad caída, inconsciencia despierta, tierra natal, patria, planeta tierra, luna pisoteada, infinito, bandera, patria, trabajo científico o arte de la guerra, bisturí o bayoneta calada, hormiga, piojo, chinche ¿Dios? ” . . . Yo era objeto allí de una inmensa máquina trituradora de hombres; una partícula, una chinche, una hormiga, un quiltro entre las orugas de un inmenso tanque o estanque flotante, de “una guerra interna”, por tierra mar y aire. . . . Pero se tiene más miedo antes de la muerte que

durante las muertes mismas. . . . El susto es grande, puede matar, pero pasa. . . . ; pero el miedo constante y sonante de la muerte es espeso, como esa niebla negra, de hollín y carboncillo, que entraba a palpar nuestros cuerpos, nuestros rostros inexorablemente todas esas mañanas de septiembre. Miedo negro, solapado, aterrorizante, que nos va liquidando como una gran boa insidiosa o una pequeña culebra de nuestras costas o un lagarto de cola interminable que come sol y niebla sentado y asentado entre las grietas rocosas del camino costero que va de Valparaíso a Concón. Se introduce por dentro, aposenta en nuestras entrañas, tintinea en el corazón, zumba en los oídos, hiela el cerebro, en la frente, donde reside el alma mortal o inmortal. . . . Mi último recuerdo fué el de mi Gloria y nuestros tres hijos, y. . . . , de pronto un silbido o maullido de gato en acecho, llanto de niño recién parido. . . . venía de las negras entrañas de humo y hollín del “Lebu”. . . . , nó, nó, salían entre las ágatas de los ojos de mi Gloria. . . . llanto de hombre naci-

do para morir, pero así. . . . Fué lo último. Se oyó la voz de “¡ Fuego ! ”. Un relámpago circular coronó internamente mi cabeza. . . . corona de rosas ardientes de mi Gloria. Me atravesaron las balas, pero no me hirieron. Las vainillas saltaron. . . . raac estaban rellenas con pólvora, sin acero ni plomo. . . . eran de fogueo. No me derrumbé como cuando me patearon los tobillos en el muro del hospital donde me detuvieron. Me puse a reír, extrañamente, casi como el doctor Zanetta. Risa extraña en las entrañas. Carcajada maullante de gato asustado. Risa interior, de “guerra interna”, sirena aullante, flotante en esa especie de niebla de una nueva neblinosa patria. ¿Lloraba de alegría porque las balas me atravesaron sin matarme? ¿O era mi alma inmortal ya en otras nubes, en otras piedras? ¡ Estallaron en mi cerebro las luces de bengala con que los barcos de la Marina de Chile celebraban el Año Nuevo en Valparaíso ! Desde entonces llevo esa risa triste como una lágrima que se ha secado por dentro. ¡ Hasta que llegue la hora de la muerte verdadera ! ¡ Que sea Dios mío en los brazos de mi Gloria verdadera !

Antes, con dos curas, habíamos conversado algo de lo que se siente en el momento de la muerte. Uno de una manera y otro de otra. Hasta la imagen de un santo con el alma, rosa angélica en la boca, que seguía una ruta por una ventana hacia el cielo. Por la escotilla del “Lebu” podía eslingarse un alma de un santo muy grande, meteorito errante. Pero teníamos que hacer nuestras necesidades en común, primero en el suelo, en un rincón de la bodega. Luego en un tambor de los que se usan para el petróleo, de doscientos litros de capacidad, cortado por la mitad y sobre el tablón grampas para que no resbalara y alguien cayera dentro de la mierda humillada. Cuando el tambor, estaba repleto de excremento prisionero, dos presos lo izaban por medio de una polea gemela a la horca colgante y oscilante. Al vaciarlo en el mar se escuchaba el lengüeteo de las olas por la amura, de estribor. La vez que me correspondió la “operación mierda” respiré el aire puro marino en compensación. Una gaviota “Cau Cau” pasó con su grito agorero. Pecho albo, alas bordadas de azul, pico ganchudo ambarino, sangre amarillenta en el aire, ¡ Libertad ! Lo conté y se presentaron voluntarios. Muchachos. Hombres más jóvenes. Se jubiló de la “operación mierda” a Victorino Soto, el prisionero más viejo, tenía ochenta y dos años. Pero a unos jóvenes inexpertos se les derramó el tambor en el borde de la escotilla y en vez de ir a parar al mar nuestra porquería entró como la niebla negra en forma de chaparrón

“Cuando los ricos coman mierda, mierda y el pueblo coma pan, pan, pan rataplán”

—¡ Tengan más cuidado otra vez con el caldo de huesillos ! —gritó uno que recibió el chaparrón. Desde ese día transformamos la “operación mierda” en “operación huesillos con mote”. Chile será siempre un país de sol y durazos, eternamente, a pesar de estar ahora encaramados todos sobre un largo tablón defecando miedo y hambre. . . .

—Hay que estimular a la gente humillada —me dijo el sacerdote, católico, apostólico y romano.

—Yo no me siento humillado —repliqué—; al contrario, ellos son los que se están degradando con lo que están haciendo, humillando a Chile entero, interna y externamente.

—¡ Usted está muy cerca de Dios ! —me consoló, y agregó—: ¡ A usted lo quiere Dios porque es uno de los firmes ! Acepté el cumplido cerrando los ojos y elevándolos al cielo

de la prisión flotante; pero era para ver las candelillas resplandecientes de las ágatas de mi Gloria.

El otro cura era diferente. Los tres primeros días sin probar nada más que agua. Luego la primera ración de porotos con tallarines agorgoiados. Restos de comida que no aceptaron otros. En una fuente plástica íbamos a buscar las raciones. Comíamos en cuclillas. El cura reclamó y el carcelero le dijo "agradezcan ésto porque la tropa está primero".

—¡ Aquí nos van a matar a todos ! —dijo el cura vomitando la comida.

—Si no son las balas de fogueo van a ser los porotos con gorgojos. . . .

Era el cura párroco de la subida de "Agua Santa", parroquia que intercede con los desvíos carreteros de Santiago a Valparaíso y Viña del Mar. Continuó con los dolores de estómago, vómitos y diarrea, sin poder comer. Pedía al capellán Infante a gritos. Parece que confundía a un infante de marina con algún capellán. Me dió miedo. Recordé el primer día de locura del médico joven, cuando me dijo:

—"¡ Pásame las bombas ! " ¿Que bombas? "Las que hicimos juntos". Entonces fue cuando aconsejé un psiquiatra. Otro día: "Las bombas, las bombas. . . .hay que lanzarlas. . . .me van a juzgar en el tribunal del pueblo". . . .El cura de "Agua Santa" seguía vomitando, diarreico y pidiendo al Infante de capellán. Dejé de tratarlo profesionalmente y aconsejarlo como hombre sin Dios. Comprendí que necesitaba asistencia espiritual más que científica. Y no quedaba otra cosa. Se tranquilizó. Me confesó: "durante todo el gobierno "marxista" no me tocaron la iglesia y a mi ni un pelo. Apenas suben los militares llegaron buscando armas y porque dí asilo a dos jóvenes del partido Mapu me detuvieron y me trajeron aquí".

Un lampo débil penetró por unos instantes en la niebla iluminando a sus tripulantes. Se detuvo entre el sacerdote de "Agua Santa" y la lágrima seca que me tragué en el paso de la vida a la muerte y mi resurrección; pero el rayo de sol fué aplastado luego por la niebla, pero entre nuestros silencios, nos dejó una huella de serenidad. Tal vez era Cristo que andaba sobre el océano Pacífico pastoreando sus rebaños de prisioneros; echó un vistazo a sus creyentes en la bodega del "Lebu" y partió a revisar presos políticos hacia otros horizontes. . . .

. . . .A veces el silencio nocturno del océano. Otras veces una gran ola profunda que nos venía desde abajo, nos levantaba en la comba de su cresta y nos la sacaba contra la carlinga del barco. "¡ La recresta ! " Un tambor vacío de doscientos litros sin mierda rodando estrepitosamente sobre la cubierta escorada, dando sus mayores tumbos sonoros contra la regala de babor. El incendio infernal había dejado inclinada esa cubierta de planchones de hierro hacia la izquierda. Y allí tocaba el Demonio del Mar su tambor mayor. Todo el tiempo llegaban nuevos presos. Eramos cincuenta y cuatro al comienzo y a las semanas doscientos cincuenta. Buena carga para echarse una noche de Lord Cochrane, con patente de corso chileno, a navegar por la Independencia. El ánimo y el ánima seguían también dando tumbos dentro de nosotros. Era la poesía de un dios degenerado y coprolálico. Un aprendiz de brujo oceánico. "Y ese mar que tranquilo te baña" era otra mentira, como su gran nombre "Pacífico". El también había declarado su "guerra interna" contra su propia gran patria, la de los mares libres, que son la de todos los marinos de la humanidad.

Táctica siniestra:

—Ustedes van a estar solo un poco tiempo aquí; pero tienen que estar atentos a los llamados de sus nombres desde la escotilla. ¡ Arriba, como gato de espaldas, el que deba salir ! —nos ordenó el sargento que hacía de contramaestre de prisioneros.

En los antiguos veleros se le honraba al contramaestre como "el hombre de la verdad". Eso es a bordo, porque una mentira, un engaño, una traición se paga con la vida de todos. Puede ser una vía de agua en la obra viva, un simple hoyuelo o espiche mal calafateado. La mentira será su propia muerte y la de los demás tripulantes. Eso era el contramaestre infante de marina del "Lebu": "el hombre de la mentira". Yo le seguí sus aguas. Tampoco soy Ludgardo Cáceres. Nunca hubo en el "Lebu" ningún Ludgardo. No sé si un Cáceres. Pero los dos juntos, nó. Fué el primer nombre que gritó el contramaestre -infante desde su escotillón, y yo le respondí primero por cobardía, porque quería salir del infierno del mar. No creo que haya nacido ni vivido nunca el tal Ludgardo Cáceres. Pero no aseguro si un día pueda haber alguno en Chile de nombre así y tenga los hermosos ojos verdes mar de mi Gloria. Puede ocurrir. ¿Quién lo sabe? ¿El que firma los decretos en medio y el miedo de la niebla? ¿O el que firma y afirma los nombres y los hombres desde el firmamento para que nazca un Ludgardo entre las grietas submarinas y se encumbra a los cuatro vientos como un albatros gigante? ¡ Tampoco es verdad el título de este relato de un prisionero colectivo ! . Cuando se los propuse, todos me gritaron a coro, "pónle tripulantes de la mierda mejor". Pero yo había leído la "nivola" "Niebla" de don Miguel de Unamuno, y me pareció digno seguir las aguas del gran escritor español, y tripularlas con nuestra realidad colectiva, aunque no sea yo verdaderamente un escritor por mi juventud. No tengo más de veinte años; pero mi padre y madre fueron españoles, y Unamuno dice que todo español piensa más de cómo va a morir que en la misma muerte. Tal vez provenga del redondel de la muerte de la torería. . . . Cuando me llamaron por mi nombre que no era ni es mi nombre. . . .ni el nombre de nadie. . . .contesté yo por cobarde; pero el listo "hombre de la mentira" también lo había inventado y una vez más un contramaestre - infante se burló de mí. Sibilinamente, esta vez sin vozarrón de temporal, sino con suave silbido de serpiente de mar me ordenó que deletree mi nombre:

— L de lucha. . . .U de upé. . . .D de dedo. . . .G de guerra interna. . . .A de amor. . . .R de roto chileno. . . .D de dama. . . .O de ojo por ojo. . . .

—¡ Já . . .já . . .já ! —rió locamente el contramaestre de la mentira, y agregó—: ¡ Si ese nombre no existe guatón guetón ! "

Lo que más me indignaba es que seguía tratándome groseramente de "guatón" si ya no lo era con veinte kilos menos. Pero fuí la avanzada para descubrirles el jueguito psicológico con que alternaban las torturas. Y para que no nos volviéramos locos esperando la llamada salvadora. De los cuatro choferes que apresaron en el hospital junto a los auxiliares, dos y medio eran contrarios al gobierno de la Unidad Popular. Dè pronto nombraron a uno de ellos. Trepó por la escala como un gato y desapareció. Así nombraban a alguien que estaba y a otro que no estaba. Los presos no dormían esperando sus nombres. Yo no me preocupé más después que no era Ludgardo. . . .El jueguito consistía en traspasar detenidos de una bodega a otra, de popa a proa y viceversa. Un golpe de mar contra el casco, un maullido y rasguño de gato en la regala podía ser un tránsito angustioso entre la borda y el mar. Una mala pisada, el tambor batiente, resbalón o empu-

jón. . . ¿quién puede saber con certeza lo que sumerge la corriente de Humboldt en su paso cotidiano a cinco millas de andar hacia las Galápagos, o cuando otras corrientes enfilan la "rosa separada" de nuestra isla de Pascua? Sólo mi pariente Eugenio González Rojas (Q. E. P. D.) debe estar reunido con otros Robinsones Crusoes en su "Más Afuera". Nunca se sabrá bien lo que ha pasado sobre la cubierta del "Lebu". Lo que traen y se llevan las grandes olas del Pacífico cuando suben y bajan hasta el borde de los altos cerros donde los restaurantes y bares semejan barcos encallados.

Serían las tres de la mañana cuando llegó un hombre de cincuenta años machucado como corcho, abrazado con su hijo de diecisiete. Lloraban los dos. Es conmovedor ver dos hombres llorando. Los acomodamos en el fondo de la bodega con un palo de almohada. "¡Y ésto tenía que pasarme a mí! . . . "Yo le dije: "pero si ésto nos está pasando a todos". . . "Pero es que yo soy del Partido Nacional —respondió, agregando—: y partidario de la Junta Militar. Estábamos precisamente celebrando el acontecimiento, mirando el televisor con mi hijo, en un departamento que nos acababan de entregar. Yo he trabajado más de veinte años para una Compañía Norteamericana. Veíamos la teleserie de "Los Hermanos Coraje" cuando se echó a perder la visión de la pantalla. El televisor tenía una pequeña falla. Apagándolo y prendiéndolo rápida y repetidamente aparecía de nuevo la imagen. En esta operación estábamos cuando irrumpió a culatazos por la puerta del departamento un pelotón de infantes de marina. De la primera patada que me dieron quedé tendido en el sofá. Encañonándome me gritaron: "¡Desgraciado, estabas transmitiendo con un aparato morse! . . . ; nó, no niegues, porque lo vimos. Te pillamos, y con tu hijo. ¡Extremistas! ¿A quién transmitías carajo? ¡Declara o te fusilamos aquí mismo! ¿Dónde está el aparato clandestino?" "Siguieron pateándolo, y así fué como fueron a parar padre e hijo a la bodega del "Lebu".

—Debe haber sido un error de la tropa. . . ignorantes —dijo el joven, mas calmado, sin llanto.

—¡Y yó, que tengo amigos almirantes! —profirió el padre, más repuesto en el fondo de cemento de la bodega, con su almohada de palo.

Era cierto lo de sus amigos almirantes, porque al otro día los sacaron del "Lebu". Lo mismo que a otros presos que tenían parientes marinos. "Yo soy pariente del sargento tal. . . yo del capitán cual", repetían para que los largaran. En Valparaíso no hay quien no tenga algún pariente, ya sea en la marina de guerra o mercante. Al final se produjo un chacoteo, y desde la escotilla preguntaban: "¿Queda algún pariente más?"

Hubo rasgos de parentesco marinero desde un principio en la prisión flotante. En la noche del diecisiete de septiembre mismo se acercó un marino preguntando por "Juanito". Era su cuñado. "¿Dónde está Juanito Rojas?". Cuando descubrió a Juanito le trajo de su ración un pan y un plátano. Este dividió el pan y el plátano en ocho pedazos y los fué repartiendo uno a uno entre nosotros. A mí me tocó un trocito de plátano. "¿Dónde está Juanito Rojas?". A él talvez debo el poder seguir contando este cuento. . . fragmentario, inconcluso, pero estrictamente verdadero.

Venía trasbordado del buque escuela "Esmeralda", donde lo habían tratado muy mal, apaleándolo. El cónsul italiano había hecho gestiones por su compatriota y lo sacó de la "Esmeralda" a los diez días. Permaneció tres o cuatro con nosotros en el "Lebu", en espera del transatlántico "Rossini" que lo llevaría a Italia. Llegó de noche. Con un male-

tiñ de ejecutivo, a lo "James Bond". Miró para todos lados. Se sacó los pantalones y se puso unos calzoncillos blancos. Parecía un fantasma blanco entre fantasmas negros, porque las espesas manos de la niebla seguían palpando las siluetas de los presos como si acomodaran piedras en el fondo de la bodega. Dobló los pantalones poniéndolos de almohada sobre el maletín, y se echó a dormir en el mejor de los mundos. La misma niebla parecía tener respeto por esos largos calzoncillos blancos estirados junto al maletín negro. Quedamos intrigados por el comportamiento. Luego sus ronquidos se oyeron como si una foca blanca hubiera trepado por la regala hacia la bodega. Esa noche fué el que mejor durmió en el "Lebu". El hombre durmiendo siempre parece animal echado. Me parece que baja los peldaños de su condición racional. Inquieta. Y nada sabemos de sus sueños. Al despertar al día siguiente, se puso nuevamente con elegancia sus pantalones. Abrió la maleta negra. Estaba resplandeciente de papeles de colores que envolvían chocolates y caramelos. Se trataba de Emilio Vaccaro, el dueño del restaurante "Sobre las Olas". Cuidadosamente, como Juanito Rojas, empezó a repartirnos chocolates y dulces. Parecíamos niños invitados al cumpleaños de otro niño. Estuvo diez días en la "Esmeralda". ¿Nos trajo de allá sus regalos de navidad? Estuvo tres o cuatro días con nosotros. En la bodega éramos cincuenta y cuatro al comienzo. Al final, éramos doscientos cincuenta en la bodega número uno. Vaccaro regresaba a "Fiumicino", el puerto de los grandes yates de ultramar y de barcos pesqueros del mediterráneo a media hora de Roma. Allí debe estar durmiendo con sus largos calzoncillos blancos.

Al mediodía, cuando subimos a cubierta para recibir nuestra ración de comida, vimos que zarpaba el "Rossini". Una música soleada lo acompañaba a la salida de Valparaíso. Su elegante y espoloneada proa era seguida por el vuelo de las gaviotas en su andar de más de veinte nudos por hora. La corriente de Humboldt sólo recorre cinco horas por día. Difícil de alcanzarlo. A mi arribo a la negrura del "Lebu", una gaviota también pasó de largo dejándome caer su grito "cau cau" que oíamos desde el fondo de cemento de la bodega. Ahora era el "Rossini", con su nombre del gran músico, el símbolo de la Libertad. ¿Iría a su bordo la mirada de alga de su Sofía, o se quedaría "Sobre las Olas" como una Penélope, tejiendo los sarmientos de sus "uvas de Italia". De pronto un gran pañuelo rojo empezó hacernos señas de adiós desde la baranda del "Rossini". El blanco transatlántico pasaba a la cuadra de nuestra escorada cubierta, a babor. Levantamos nuestras manos en muchedumbre contestándole el adiós. El pañuelo flameaba como una bandera roja sobre la cual caían signos dorados del sol de septiembre u octubre o noviembre. Cuando desde la cárcel flotante se divisan los caminos de la libertad en el mar, también se pierde la noción de la relatividad del tiempo. Me quité el gorrito blanco de médico, que bondadosamente me acomodara en la nuca la bayoneta del infante de marina en el molo de la danza de las focas, y le dije silenciosamente "Adiós Vaccaro".

—¡Adiós Vaccaro! —repitió en voz alta y carraspianta don Victorino Soto, el más viejo prisionero del "Lebu". Había sido detenido por ser Presidente de la Junta de Vecinos de Reñaca Alto. Era el único presidente que había a bordo; el otro del pueblo, yacía bajo las arenas del cementerio de Viña del Mar. El nuestro, era el más anciano de los "tripulantes de la niebla".

Valparaíso, cerro de "Las Zorras", Año Nuevo de 1977. ●

DIARIO

● GUILLERMO NUÑEZ

26 de Octubre de 1974.

Hoy el día es triste y lleno de nubarrones grises, tenebrosamente oscuro en una primavera que insólitamente, a pesar de todo llamea, arde en torno mío, por eso no me sorprende y encuentro natural nadar entre todos estos verdes lujuriosos, las flores. Bañarse en este olor de espinos, amarillos, oros, ocres, aromas pujantes, olivos sabios y sauces que hasta saben reír. Sentir que la tierra canta y canta: libre y poderosa, canta dándose entera, amorosa, abierta a todos, invitándonos a hacer junto a los que cayeron, a los que aún quedan dentro, a los que saben ser libres, a los que tienen conciencia de ser Hombres, a los que luchan en tantas partes, en cada pequeña puerta o ventana, en cada nido, en todo el cielo, en cada nube, en todos los poemas invitándonos a crear este nuevo jardín donde el hombre-hombre, el hombre humano pueda ser allí Entero. Ser aquí sin miedo, verdadero, sin mentiras, sin dolor, luchando para darles a los que vienen, a los que están junto a nosotros, a los que partieron y no pudimos decirles adiós, todo eso que nos ha sido negado, pisoteado, acribillado.

Cuando se ha aprendido a tener miedo, a flaquear, a estar solo, cuando los primeros días se abren los ojos aterrorizados frente a una venda que impide todo contacto humano, que tortura sutilmente y destruye lento con sabiduría morbosa, gota a gota, martillando el cerebro, destripando los centros nerviosos, deshaciendo hilos, urdiendo telarañas y los días lentos, los meses que no conoces, el tiempo que no es. Entonces es cuando empiezas a saber que no estás solo, que la venda no existe, que el dolor se vence, que es un mito la angustia y sonriendo entierras las dudas, las flaquezas, los dogmas inútiles porque te vas dando cuenta allí que cometieron un error al tratar de separarte de la vida porque allí se aprende a amarla intensamente pero ya sin miedo a perderla porque se ha aprendido a luchar para tenerla.

Te hacen (y no lo saben) de cuero, madera, de roca, fierro, acero. Cada día más duro, más firme, más entero y si se llora ya no es de miedo, ni soledad sino porque somos capaces de hacerlo con la certeza de ser hombres y estar más armados de dentro cuando hemos aprendido allí de los que nos acompañaban la ternura, el amor, la firmeza, la bondad, la tremenda voluntad que el odio y el amor quisieron apagar, pero no pudieron.

No lo lograron ni podrán hacerlo jamás.

Esas lágrimas son hermosas, son el amor, la ternura, la emoción y la solidaridad que nos envuelve sin que ellos se enteren porque esas cosas les son desconocidas. ¿ Si no saben llorar como nosotros cómo podrán aprender a reír como lo hacemos? No podrán ni hoy ni nunca.

Fuimos libres allí dentro porque sabíamos que fuera teníamos todo el amor y en nosotros la conciencia de ser libres pues es nuestra la verdad y a esa verdad, a esa conciencia no podrán encerrarlas. Se les escapan, van de mano

en mano, de boca en boca, saltando entre el dolor nuestro y de otros y recorren sin cansarse nuestro Chile de punta a punta y saltan como un eco a abrazar el mundo entero. Es una paloma tierna, blanca, pero de acero y ¿qué águila, halcón o gorila podrá envenenarla? , ¿quién cortará esta rosa?

Estamos viviendo la experiencia de estar desperdigados, esparcidos en todas partes, separados por distancias que las siento muy aparentes, que no existen, que las estamos derrotando día a día cuando en cada uno de nosotros está naciendo y creciendo tan sólida esta certidumbre de lo que podremos y tenemos el deber de construir juntos. Entonces hoy, igual que en los días pasados dentro, se tiene hermosa sensación de no estar nunca solo: que tienes los recuerdos hermosos que no te abandonan, que posees una conciencia solidaria y la fe inquebrantable que nuestros hijos vivirán por entero esa alegría que hemos soñado ayer y que también vivimos esperanzadamente luchando un tiempo.

Y tenemos tanto más:

La belleza es nuestra, la verdad es nuestra, el amor, la libertad nos pertenecen por entero y ya no dudamos y si lo hacemos estas dudas no nos desgarran sino que ayudan a afirmarnos más y no se les teme.

Estamos plantando un bosque que crecerá de la semilla que no ha muerto como creen y un día subirá furioso, rayo, tormenta, pueblo entero a derrotar el odio, a beber la sangre generosa, a vengarla, subirá a aplastar, como en Macbeth, torrente incontenible, la cizaña, los arboles sin fruto, las mentiras, las botas.

Entonces ¿por qué estar tristes? como alguien se pregunta. Por qué estar tristes si tenemos la alegría en nuestras manos, los ojos sin venda y muy abiertos, las manos, los brazos de tantos otros y en nuestros puños cerrados con furia una flor ternura, una flor paloma, golondrina, cóndor rabioso.

¿ Por qué estar tristes si ya vamos a cantar todos juntos, a tomar y emborracharnos de luz, de sol, de justicia, de libertad, de amor? Entonces, cuando todo esto ha sucedido para que aprendamos a ser fuertes llorando, a odiar con el amor de una rosa, a luchar sonriendo, a triunfar cada día en tanta risa, entonces si tenemos a tantos junto a nosotros y lo tenemos todo pues aprendimos a ser libres: ¿por qué estar tristes?

Los beso y abrazo a todos.

12 de Junio de 1975.

Anoche a las 5 de la mañana nació en la enfermería una niñita que pesó 3 kilos, parteros: los dos médicos presos. Hoy en la mañana todos sentimos algo de curiosidad y tanto orgullo. La canción nacional que cantamos al izar la bandera dejó de tener ese amargo sabor de lo mecánico y obligado, ya no era una tortura, sino que se transformaba en lo que siempre fue: el canto a la Patria limpia, la que vendrá algún día.

Esta niñita tiene hoy 210 tños, los presos (los carceleros no se cuentan, están en el mismo ítem de las alambradas, fusiles, metralletas, trabajos forzados, etc., condenados al olvido). Crecerá en el pueblo de Puchuncaví o quizá tenga que emigrar. ¿ Quien lo sabe ?

Puede que estudie o no.

Puede que sólo pueda subsistir trabajando desde chiquita. o puede llegar a tener más posibilidades en un Chile mejor.

(Por eso lucharemos, compañerita)

Pero hay algo que no olvidará jamás y tendrá que decirlo con orgullo: que nació en un campo de concentración mientras dos presos políticos la traían al mundo y 208 dormían.

Pero cuando puedas leer esto que te escribo, compañerita, te prometemos que estas alambradas de púa y estos fusiles ya no estarán.

22 de Junio de 1975. por la noche

Qué alegría, que felicidad amarte. Hoy la noche es hermosa y casi tibia, hay luna y pienso en tí y estoy tan lleno de la felicidad de amarte que querría o llorar o dar gritos o dar saltos o apretarte o reírme como hasta hace unas pocas horas esta tarde en la visita.

Reinos de tonteras tan importantes o dejarnos adormecer mirándonos y mirándonos.

¿Sentiste la gente, los demás compañeros que nos rodeaban, los alambres, el dolor?

Parecía que éramos una isla solitaria, abandonada.

Pero si bien creíamos que todo desaparecía o se esfumaba, tenían una presencia tan poderosa que me hacía sentir más solidario tuyo y de todos, perteneciéndote más. Y si me dejaba acurrucar y acariciar remoloneando era un descanso para amarte más y reirme lleno de gozo por esta tremenda felicidad de amarte porque ya no éramos una isla abandonada, sino un mar de manos, de rocas que estos sueños fortalecen.

25 de Junio de 1975.

Sentir tu presencia a cada instante, no sólo en las palabras, los recuerdos o la espera. O a través de la música o la angustia o la alegría demencial o la rutina de las formaciones. Ni tan sólo en esta soledad de mi Soledad, sino al contrario: abrazarte y volar contigo sin rumbo fijo planeando por

estos cerros o nadando en las nubes que veo detrás de las púas confiriéndome todos los derechos para soñar, para anhelar todas las felicidades y no sólo para tí y para mí sino la felicidad encontrada en tanta solidaridad, la ternura de los compañeros, de aquéllos de los cuales aprendo a cada rato, los que me dan lecciones de humanidad en cada uno de los actos con su entereza, su firmeza, su dulzura, sus ansias de ser cada vez mejores. Y es con todo ese amor recibido, esa marea humana, que te aprieto y quisiera morder todo tu cuerpo.

Comulgarte a cada instante
Beberte en un beso, copa entera
árbol mío
nube
lluvia
cielo abierto
compañerita mía.

26 de Junio de 1975

Empiezan a aparecer las moscas en los dibujos. Son el aire contaminado que respiramos, la sangre pisoteada y la mentira, la vergüenza de los que nos vigilan, el torturador repugnante, los monstruos de Odio, la soledad en que quedan los verdugos.

Hoy llueve. Uno se para a mirar el paisaje más luminoso de verdes porque a lo lejos ilumina el sol. Bajo la lluvia y sólo importa el gotear del agua sobre la ropa, en el suelo, los techos. Esa música hace olvidar el barro y que el momento de belleza es demasiado fugaz como ciertos instantes en que un leve tono rosado aparece entre las nubes grises cuando canto automáticamente con las manos pegadas al pantalón, firme.

Color rosado te estoy llamando
te estoy gritando, color rosado
déjame viajar contigo

Voy viajando sin saber dónde en esos grises
aventurándome ahora en verdes
tantos verdes, iluminados de un sol de lluvia
azul azul llévame

llévame rápido

que no quiero este Chile herido

Voy viajando casi sin dolores

sólo con nostalgia,

pero si sé donde voy y la belleza fugaz
apunta mi meta

Verde te estoy llamando

para que alcance a ver lo que mis hijos

vivirán y tengo un ansia

grande de gozarlo, de vivirlo entero

ese rosado entre las nubes.

30 de Junio de 1975.

Al pensar en las separaciones, divorcios, incomprensiones entre artista-espectador suele uno olvidarse de el cómo se van generando, se olvida el abismo cultural entre otras cosas, la inexplicabilidad del arte por otro lado.

Empiezo a crear un mundo que nace de realidades concretas y paso a paso va desarrollándose en bocetos, pinturas y lo que para mí es cada día más inexplicable y casi misterioso (y cuánto me molesta esta palabra).

Uno empieza a elevar el volantín, a darle y darle hilo y empieza a elevarse hermosamente, a volar, dar vueltas y vueltas, todos aplauden y vamos abrazados a él y seguimos dándole hilo y empieza a alejarse hasta que llega un momento que no lo vemos, que es sólo un punto rojo o

blanco en el azul, sólo lo sentimos por el peso que tironea el hilo. Entonces empieza un juego de recojer o dar y dar. No importa volar, perderse de la vista en el cielo, en el aire, lo importante es que no se corte nunca el hilo porque allí estaría volando donde nadie lo vea y ¿cual podrá se el valor de su belleza entonces?

5 de Julio de 1975.

Rimbaud: "Y a veces he visto lo que el hombre ha creído ver".

Un viaje en camión a Valparaíso. Nos llevan junto a otro compañero al hospital entre milicos de franco, canastas y bultos. Sentimos por instantes la sensación de vivir de nuevo, ser otro entre tantos (como si nada ocurriese) andar algunos pasos en la calle —desde el camión al Hospital Naval— casi normalmente a pesar de las metrallas de los soldados que aquí se humanizan y se hacen casi solidarios (pierden el uniforme cuando nos hablan, tranquilos, con la misma naturalidad que nosotros les conversamos).

Al regreso entre cajones, sacos, tarros, acurrucados en un rincón miro como en una pantalla —con la figura recortada de los infantes de marina y su fusil en cartulina negra— como pasa una película de lo habitual: los trenes, los barcos un poco más lejos, gente más cerca; casi respirando encima de uno tantas luces, pitos, bocinas; todos ruidos cabalgando. Y mientras avanzan empieza a oscurecer lentamente con rojos fugitivos del sol que se va entre las nubes y el mar, y el puerto empieza a llenarse de las luces que tanto amamos: un reguero de hormigas luminosas, de figuras entrelazadas, crepitar de olas, apretones de manos o simples líneas rectas titilantes. ●●

ANTI MEMORIAS

● DAVID VALJALO

Dos volúmenes. Un mil quinientas sesenta y cuatro páginas. Edición de lujo. Podrían haber sido las memorias de un Santiago Labarca, por ejemplo. No. Estas son las memorias de Gabriel González Videla. Nuestra ingenua pregunta es: ¿Por qué en las "Memorias" de quien pasó a ser un cadáver político en la historia de Chile, justamente con terminar su mandato (año 1952) se incluye en un recuadro, el Decreto-Ley No. 1 fechado en Santiago a 11 de Septiembre de 1973?

Como si esto no bastara, hay capítulos dedicados a todo el proceso financiado desde el extranjero, para producir la quiebra del régimen constitucional y democrático chileno.

Por ejemplo: El pronunciamiento militar (no dice "golpe de estado"), En marcha la traición, De nuevo el puñal de la traición. Las ocho causas básicas del fracaso de Allende, Quiebra del régimen institucional, Conflicto con la Corte Suprema, Conflicto con el Congreso Nacional, Justificación del pronunciamiento militar (Cómo si lo tuviera). El origen de la Junta Militar no emana del caudillismo, Permanencia de la Junta Militar. ¡ Para qué seguir !

Los dos gruesos y empastados volúmenes, no son otra cosa que la continuación de la serie de publicaciones, lujosamente orientales, que la Junta Militar imprime en los antiguos talleres fiscales de "Quimantú" para su inútil propaganda en el exterior, lógicamente a costa de los escuálidos bolsillos de los contribuyentes. No se explica de otra manera el déficit de la editora estatal.

Todas las memorias suponen que algo otorgan, alguna novedad o algún punto de vista de determinado valor con respecto a la época que le tocó vivir al personaje que narra. En este caso, la pobreza no tiene límite. Si algo podría tomarse en cuenta, es la confesión del resultado de la elección interna dentro del Partido Radical, en la sucesión presidencial a la muerte de don Pedro Aguirre Cerda. El señor González da a conocer por primera vez lo que él llama un acuerdo secreto con Juan Antonio Ríos. Reconoce que a petición, le cedió el paso. Este antecedente, sin testigos y dicho por quien lo dice, queda a criterio del lector.

Textualmente agrega: "Mi prudencia de saber esperar hizo que el sueño de mi madre se viera realizado" (Se refiere al sueño presidencial) Algún otro antecedente de importancia en las 1564 páginas es difícil de descubrir.

Los dos lujosos tomos están profusamente ilustrados de fotografías, en un afán enfermizo de demos-

trar que efectivamente ocupó la presidencia y los cargos diplomáticos. Entre éstas se encuentran, las siguientes fotos cuyos textos corresponden al original: del almirante Leahy en la Legación de Chile en Vichy / Paperchase organizado por la Escuela de Carabineros en nuestro honor / Desde el destroyer Greenhales revisó la Escuadra Brasileña / Miti y nuestra hija Rosita llegan a Nueva York, donde le será conferido el premio de "Madre Universal".

De sus recuerdos de estudiante, por el hecho circunstancial de ser ambos serenenses, trata de asociarse con Ricardo Latcham, nombrándolo de preferencia y seguido. Pobre Ricardo. Y pobre señor González. Si supiera qué opinión tenía Latcham de quien se inició en la vida política como "diputado termal", en elecciones populares grotescamente manejadas por la dictadura de Ibáñez. (El truco consistió en designar y registrar las misma cantidad de candidatos, que cargos a elegir, eliminando los candidatos adversos al Gobierno).

En algunas partes hace referencia a los aprietos económicos por circunstancias políticas. Durante su campaña presidencial, por ejemplo, fuimos testigos que al cobrar un cheque con su firma por la suma de cien modestos pesos, el cajero del banco, mandaba el citado documento a registro, esto es, comprobaba si tenía fondos suficientes. Sería interesante saber en estos momentos, la cantidad de haberes de quien después de haber ocupado la presidencia, se desempeñó como presidente de bancos o agente para América Latina de compañías multinacionales.

También recordamos recién triunfante el Frente Popular, en una visita de descanso a su ciudad natal, un discurso en su calidad de presidente de dicha organización política (1938). Nuestra fé de adolescentes nos hacía creer en el líder circunstancial. Cito: "El peligro correligionarios, no está en la Derecha, ya definitivamente derrotada, sino en los siúuticos arribistas de la clase media, enquistados en nuestras filas". Como se puede ver, he aquí un perfecto autorretrato.

El señor González, no representa otra cosa en la política chilena, que el clásico oportunismo electoral, que para lograr sus objetivos personales traicionan no sólo compromisos, sino a su propia conciencia. El ejemplo reciente en nuestro país está dado. Hay quien prefirió morir antes de traicionar sus ideales.

Esta edición, es al mismo tiempo parte del trabajo del Fascismo & Cía., que impera en Chile. Como buenos socios, el uno trata de justificar al grupo, para a su vez justificarse por lo menos, por ser el iniciador en Chile, de los campos de concentración de prisioneros políticos.

El señor González, al publicar esto que llama 'memorias', ha perdido la oportunidad histórica de guardar silencio. ●

CORRESPONDENCIA

"Pueden poner mi nombre en el Comité Internacional, para mí no hay nada más honroso, múltiplemente honroso. A tu disposición está todo lo que mi cargo y mi persona pueden lograr o significar en cualquier parte del mundo. En uno de sus primeros escritos, Hegel exigía una especie de entrega total al tema y decía que para eso, para lograr algo en la filosofía, había que lanzarse 'a corps perdue' (ésta era la ortografía del maestro). Bello y significativo nombre. Con eso quería decir simplemente: pasión. El que mantiene algo de valor, que lo ponga al servicio de Chile, que es nuestra América tanto como Argentina o cualquier otro país. En suma: millones de gracias por haber pensado en mí para el Comité Internacional de la revista."

Rafael Gutiérrez Girardot, Director, Seminario de Romanística de la Universidad de Bonn.

"Con gran interés nos hemos enterado de la aparición de vuestra revista, acontecimiento que celebramos. Ella viene a llenar uno de esos vacíos que con tanta fuerza se hacen sentir y pensamos que será una valiosa colaboración en la defensa y promoción de una de las dimensiones más sobresalientes de nuestra cultura. Después de un primer período de repliegue, en el que todos fuimos víctimas de los efectos de la represión desencadenada en nuestra Patria, hoy vemos surgir diferentes iniciativas que constituyen la expresión vigorosa de una voluntad que el fascismo ha sido incapaz de destruir. Ello permite abrigar grandes esperanzas para el futuro."

Rafael Echeverría, Secretario Ejecutivo, Secretaria Coordinadora de Académicos Chilenos, Londres.

"La República de Chile, la verdadera, la que según nuestras ideas de democracia y libertad, existe en el exilio. Con la Revista de Literatura Chilena, ésta se acrecienta, ya que los intelectuales de la tierra de Allende se incorporan a la lucha popular en forma organizada. Nosotros, los americanos concientes, respaldamos esta jornada de recuperación de la democracia chilena."

Donald and Marjorie Bray, Cal. State University, Los Angeles.

"Literatura Chilena en el Exilio es una publicación que se hacía necesaria, ya que con ella, los intelectuales chilenos se incorporan colectivamente a la lucha del pueblo chileno por la recuperación de la democracia. El hecho que se edite en California, es un honor para nosotros, los norteamericanos que estamos luchando para reparar los errores de nuestro país, con respecto a la República de Chile, hoy bajo la bota de la más terrible de las dictaduras gorilas de América Latina."

Barbara Trammell, University of California, Irvine. Dan Trammell, University of Southern California.

"Felicitaciones por el segundo número de la revista. Está excelente porque en ella estás consiguiendo una sensación de inmediatez y vitalidad que no acostumbran las revistas literarias. La mezcla de poemas, cuentos, testimonios, estudios, críticas, cartas, trozos de novelas, etc., todo ahí como en ebullición y presentado con esa gracia ascética, un gusto directo y simple, producen impresión de taller, de creación en movimiento. Creo, además, que cumplirá la tarea de ir uniendo cada vez más a los escritores chilenos en el exilio, confirmando la vitalidad cultural de la Unidad Popular como proceso único en nuestra historia. Me atrevo además a opinar que es muy chilena de punta a cabo, como esos colores tan de nuestras piedras y montañas con que nos ha gustado vestirnos, sobria al estilo de los pueblos mineros."

Luis Domínguez, Nueva York.

Documentos

SOBRE ACTAS DE MARUSIA

De 'OTROCINE' entrevista a Alberto Moravia, (Traducción de Antonio Graham), por A. M. Tato, sobre la película 'Actas de Marusia' de Miguel Littin.

A. M. Tato. ¿Qué reflexiones suscitó en su mente el hecho de haber visto en la pantalla, tres años después del golpe de Estado de Pinochet, una tragedia chilena que se sitúa, históricamente, a principios de siglo?

A. Moravia. Me gustó mucho el film de Littin, en particular la primera parte, donde ilustra con gran eficacia y fineza el mecanismo de toda represión: social, colectiva, individual. Me explico: el término "represión" en sentido psicoanalítico, significa retracción del deseo en tanto el término "sublimación" indica la desviación de la libido hacia metas sociales o artísticas. En el primer caso estamos ante una forma de violencia ejercida por el individuo sobre sí mismo, en el segundo, la transformación de la energía es positiva, socialmente hablando.

Ahora bien, es curioso que al ver el film tuve la impresión de asistir a la perfecta representación del funcionamiento, en sentido individual y en sentido colectivo, de la forma represiva —es decir, la violencia— ejercida sobre el inconsciente en el caso individual, y sobre el pueblo en el caso colectivo, para lograr por la violencia aquello que debería haber sido espontáneamente consentido. De hecho, en el film de Littin el ejercicio está allí, por así decirlo, para ejercer la represión suceda lo que suceda. Hay una decisión *a priori*: el ejército debe ejercer la violencia contra el pueblo. La eventualidad de que el pueblo pueda hacer llegar su voz y su voluntad al gobierno, al poder, a la clase superior, ni siquiera se considera. Así, el desarrollo de la tragedia en la mina es muy sintomático. Existe una protesta contra una forma de violencia: la disciplina en el trabajo. Esta protesta se concreta en un homicidio. El ejército reacciona, inmediatamente y en forma automática. Es un mecanismo.

Estamos ante una sociedad donde no existe absolutamente ningún canal de transmisión democrática entre la base y el poder. El ejército está allí para reprimir: en cuanto hay un pretexto reprime. El pueblo responde con otro homicidio, y así . . . hasta la casi completa destrucción de la población, una especie de genocidio. En mi opinión es lo más importante que vi en el film, aquello que más me impresionó pues, cosa rara, el mecanismo de la represión está puesto al desnudo con gran claridad y objetividad. En otros términos, podría decirse que en esas condiciones dadas el ejército no puede actuar de otra manera y, claro está, el mismo razonamiento puede aplicarse al pueblo. Estamos ante una situación de alienación en la cual nadie puede actuar libremente. Y esto no es resultado sino del carácter opresivo de la sociedad de la cual el ejército no es más que el brazo.

A. M. Tato. ¿En qué medida logra Littin hacer que la masa asuma su papel como sujeto histórico?

A. Moravia. Debo decir que, en el film, las secuencias de grupos me parecen superiores a las secuencias individuales. En esencia, todo se desarrolla sobre un plano estrictamente social; no hay drama individual. Littin estudia al conjunto de la sociedad chilena; su punto de partida es la población de la mina que choca contra el ejército, defensor de los in-

tereses creados. Littin escoge, estilísticamente, no profundizar en el drama individual. Aborda inmediatamente el drama social. Y cada vez que se aleja de ese tema escogido, la eficacia es menor. Es por ello que, repito, las secuencias de grupos son las más bellas.

A. M. Tato. En su opinión ¿cuales son los vínculos entre la obra cinematográfica de Littin y las diversas corrientes de la nueva literatura de América Latina (gran realismo, realismo mágico, realismo fantástico)?

A. Moravia. El cine de Littin corresponde bastante bien con la situación de la novela en América Latina. Alguien preguntaba a un novelista latinoamericano por qué sus problemas literarios se sitúan siempre en la realidad, en el realismo. Su respuesta fué: "Tal vez ustedes, los europeos, ya han resuelto ciertos problemas hace un siglo. Nosotros no, y no podemos sino confrontarlos y hablar de ellos". En Europa gran parte de la literatura ya no aborda cuestiones sociales, ya porque hayan sido muy trilladas en el pasado, ya porque se les haya dado una solución, si bien equívoca. El film de Littin se enlaza precisamente a ese estilo de literatura, a la novela latinoamericana donde se pasa del realismo tradicional del género naturalista a un barroquismo, naturalista sin embargo. Hay deformaciones de tipo expresionista, por ejemplo en García Márquez, no se da el realismo de Thomas Mann, pero se trata, de todos modos, de realismo. El estilo de García Márquez es de vanguardia, y sin embargo siento que el autor no pierde de vista la realidad objetiva de la sociedad latinoamericana. La realidad social, por otro lado, no interesa a los escritores como los franceses de la Escuela del *Regard*. Este film de Littin es tal vez su obra más realista. Si bien *La tierra prometida* describía situaciones que de veras existen, tenía algo más de simbólica. Littin, en eso, está muy cerca de la literatura latinoamericana en general.

ALGO MAS SOBRE GONZALO ROJAS

Cuando se enterraba a Neruda en medio de un cerco de metralletas y en la mente la visión de hogueras de libros, pensábamos, con una suerte de estupor, que también era ése el funeral de la cultura chilena. Al pasar de los meses, caminando las calles del exilio, nuestro estupor se convertía en desaliento . . . ¿quién?, ¿qué voces salían desde esas fronteras lejanas y queridas?: el señor Alone derramaba elogios sobre viejos cuentos militares, un Campos Menéndez era destinado a "dirigir la cultura", un Lafourcade escribía una sucia biografía. . . y he aquí que una tarde, hace ya un año, suena el teléfono y es Gonzalo Rojas que nos invita a escuchar nuevos poemas. Subimos la colina que lleva hasta su casa y allí, en la tranquila soledad de su biblioteca, escuchamos reverentes, sorprendidos a veces o con lágrimas en los ojos, su voz profunda que tan bien sabe decir su poesía: "Reversible", "Latín y Jazz", "El Helicóptero" o "Celia".

Nueva y vieja voz la del poeta-amigo-poeta, que nos devolvía, como un don, la dignidad que inútilmente buscáramos en las tristes páginas de "El Mercurio" o "Ercilla". Venezuela, pues, no sólo nos daba refugio, nos ofrecía también la oportunidad de oír una voz que nació para cantar libremente y con altura la gran poesía chilena.

Tuve el raro privilegio aquella tarde de escuchar la anécdota

ta que precedió a más de algún poema de este "Oscuro", tercer libro de Gonzalo y así, "Cama con espejos" o "Encuentro con el ánfora" se nos iluminaron con una nueva y maravillosa imagen.

Hace ya más de diez años, comentaba yo a Gonzalo Rojas. Traté de explicar y contar su poesía. Mucha gente me llamó entonces para saber más de esta poesía y de este hombre. Su libro "Contra la muerte" (1964) no circulaba en Venezuela y en el tráfico de los préstamos, lo perdí. Ahora me llega "oscuro" en una hermosa edición de Monte Avila que no prestaré, pues está en las vitrinas de Caracas (esas vitrinas que al poeta no le gustan). Al leerlo hoy, con calma, ratifico mi primera impresión: el hombre ha madurado al ritmo del dolor, el destierro y "las muertes", y su poesía se ha enriquecido con estas experiencias.

Se puede decir que Gonzalo Rojas casi *escondió* su obra durante muchos años tras otras realizaciones. El hizo posible que en una ignorada ciudad chilena —Concepción— se organizara el más grande encuentro de creadores y científicos de todo el mundo. Director de las Escuelas de Temporada de la Universidad de Concepción y abierto a todas las voces y a todos los ámbitos, realizó la increíble hazaña de tener durante un mes, dialogando sobre el hombre y su quehacer, a Linus Pauling y Carpentier, a Carlos Fuentes o Roa Bastos con el científico Flora, de Italia, o el no menos famoso Svorikin, de la Unión Soviética. Japoneses y norteamericanos, europeos y latinoamericanos de todas las tendencias y ocupados en las más diversas disciplinas, discutieron allí, hicieron amistad y construyeron un nuevo puente de comunicación. Nunca más fue posible repetir un Encuentro de tales dimensiones. Gonzalo tomó nuevos caminos, partió hacia la amplitud del mundo con otras misiones que, sin estar precisamente en su quehacer poético, llevaban el nombre de Chile con una dignidad y un orgullo que pocos diplomáticos han podido exhibir.

Demos pues, la bienvenida, gozosa, orgullosamente, a esta voz chilena que nos rescata del olvido, que nos levanta con una nueva esperanza.

Paulina Herrera
Caracas, marzo de 1977.

PEDRO DE LA BARRA

La noche del 7 de julio de 1977 murió en el exilio, en Caracas, Pedro de la Barra, fundador del teatro moderno chileno.

En la vanguardia de la generación del 38, de la Barra multiplicó su actividad a través de los años distinguiéndose como director, actor y dramaturgo. En 1939 publicó su primera obra, *La Feria*, y en 1950 el Watergate Theatre de Londres estrenó, bajo el título de *Headwind*, su drama en tres cuadros *Viento de proa*, que el ITUCH repitió en el Teatro Municipal de Santiago en 1951.

Nacido en 1912, de la Barra comprendió temprano el sentido que debía dar a su vocación de creador y realizador. Desde las aulas del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile —donde se graduó de Profesor de Estado—, lanzó un vasto movimiento renovador del teatro chileno. Sus propósitos fundamentales eran: crear una escuela del teatro en que estudiaran no sólo actores, sino también directores, y todos quienes trabajan detrás de las bambalinas, es decir, echar las bases de una comunidad profesional para devolverle al pueblo el arte del teatro, patrimonio suyo desde la antigüedad y escamoteado más tarde por las élites sociales;

formar un público instruido en la mejor tradición del teatro universal; y dar a los escritores nacionales la oportunidad de presentar sus obras como parte integrante de una compañía de repertorio.

De la Barra triunfó en toda la línea: en los decenios del 30 y del 40 fundó el Teatro Experimental de la Universidad de Chile que se convirtió después en el ITUCH; estrenó numerosas obras del teatro preclásico y clásico español, a la par que daba a conocer las obras más avanzadas de la dramaturgia europea; colaboró con Pedro Orthous en la puesta en escena de *Fuente Ovejuna* de Lope de Vega, uno de los mayores éxitos de los teatros universitarios chilenos; re-estrenó *Chañarcillo* el poderoso drama revolucionario de Antonio Acevedo Hernández; estableció un premio anual para autores chilenos (así se dieron a conocer Luis A. Heiremans, Fernando Debesa, Fernando Cuadra, Margarita Aguirre, etc.), y consiguió formar un fiel y entusiasta público que apoyó con sus abonos todas sus empresas. Por su eminente posición directora y por su inspiradora labor educativa, Pedro de la Barra recibió el Premio Nacional de Teatro.

De la Barra le dio a toda su obra una orientación vigorosamente social, vinculada a las raíces del movimiento revolucionario chileno. Sacó a los actores y directores de los recintos oficiales y comerciales y los llevó a lo largo de Chile para actuar en galpones, fábricas, minas, puertos y aldeas. Hizo en Chile lo que García Lorca hiciera con la *Barraca* en los años de la República española.

Después del golpe militar del 73, de la Barra, que se había radicado en Antofagasta, después de trabajar varios años en Concepción, hubo de partir al exilio. Grandes países del mundo le abrieron sus puertas. Universidades y teatros lo querían para que prosiguiera su fecunda labor creadora. De la Barra decidió exilarse en Venezuela. Navegando al exilio, desembarcó en Maracaibo, donde la primera página de un periódico local lo sacudió con un cable brutal y escueto que anunciaba la muerte de su hijo Alejandro, militante del MIR, combatiendo en las calles de Santiago por la libertad del pueblo chileno.

Pablo de la Barra, hijo mayor de Pedro, actor y cinematógrafo, hizo en Caracas, la siguiente declaración a nombre de la familia:

"Los restos de Pedro de la Barra serán sepultados transitoriamente en Caracas y aquí permanecerán hasta que caiga la dictadura fascista en Chile. Entonces, y sólo entonces, serán repatriados."

Allí esperará Pedro de la Barra junto a otro gran patriota, Orlando Letelier, el regreso definitivo a la tierra que honró con su talento y grandeza moral.

DR. HECTOR ORREGO PUELMA

La Casa Chile de México, rindió homenaje al eminente fisiólogo, Profesor Hector Orrego Puelma con motivo de cumplirse el octogésimo aniversario de su nacimiento. En este acto, el exilio chileno y destacadas personalidades mexicanas valoraron la personalidad y la labor de este científico en el destierro. El año pasado el Dr. Orrego Puelma fue invitado de honor al XIX Congreso Panamericano de Tuberculosis que se realizó en Santiago. Se negó a concurrir debido a la falta de respeto por la ciencia mostrada por la dictadura chilena.

En la actualidad se desempeña como profesor de Clínica Médica en la Universidad de Guadalajara.

EXPOSICION DE ARTISTAS EN EL EXILIO

La Unión de Artistas de Boston, formada en 1971, que tiene en la actualidad cerca de mil miembros, y es una de las instituciones de mayor prestigio en el mundo cultural de Estados Unidos, ha organizado un proyecto amplio de exposiciones, presentaciones personales y trabajos de grupo, destinado a dar a conocer la creación de los artistas de América Latina y USA que se encuentran exiliados de sus respectivos países.

El proyecto ha sido llamado *Artistas en el Exilio*, y en las palabras de sus organizadores, "a través de esto se espera integrar no solamente a los artistas ya reconocidos, sino a la gente de todos los oficios, en una expresión de preocupación por los derechos humanos y en la conciencia de que el espíritu creador del hombre, frecuentemente en peligro de represión, debe ser especialmente celebrado dondequiera que le sea permitido expresarse libremente".

Los artistas que presentan su obra, y que ahora viven y trabajan en Francia, España, Suiza, México, Inglaterra, Canadá y USA, incluyen hombres y mujeres, jóvenes y viejos, famosos y desconocidos. Algunos sufrieron poco; muchos fueron internados en prisiones y campos de concentración; entre estos últimos, varios fueron sometidos a torturas. La gran mayoría son chilenos, pero también hay participantes de Argentina, Brasil, y americanos desertores en la guerra de Viet Nam. Entre los participantes están: Tobey Anderson, Nemesio Antúnez, José Balmes, Braulio Barriá, Sergio Castillo, René Castro, José de Rokha, Tony Evora, Carlos Freire, Myriam Holgado, Helga Krebs, Isabel Letelier, Guillermo Núñez, Jorge Pardo, Steven Picker, Juan Bernal Ponce, Guido Rocha, Eduardo León Rodríguez, Vivian Scheining, y una muestra especial del chileno Roberto Matta.

El programa realizado entre Mayo y Junio del presente año incluye una exhibición de pinturas, esculturas y dibujos en la Galería de la Unión de Artistas Visuales de Boston, una exhibición de documentos, gráficos, posters, así como cartas y diarios de artistas que permanecen en prisión (exposición hecha en colaboración con Amnesty International y copatrocinada por la Oficina de Cultura de la ciudad de Boston, y que ha sido instalada en el Boston City Hall), y una serie de actividades complementarias, entre las que destacan conferencias, recitales poéticos, cine y discusiones. El sábado 7 de mayo, cien artistas locales tomaron parte en un trabajo colectivo: la creación de un mural gigante, en la tradición de la pintura mural latinoamericana, ahora prohibida en la mayor parte del continente donde surgió esa manifestación del arte popular. Este evento estuvo precedido por un taller de trabajo que dirigió el pintor chileno René Castro.

En su introducción al catálogo que se ha impreso para presentar la exposición de Artistas en el Exilio, el conocido crítico de arte y novelista inglés John Berger invita a todos a "ingresar a esta exhibición, a abrise a sí mismos al testimonio de la imaginación y el coraje de aquellos que la han hecho posible"

Algunos de los participantes son:

GUILLERMO NUÑEZ: Nacido en Santiago, en 1930. Ha sido profesor de la Escuela de Bellas Artes y de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile y Director del Museo de Arte Contemporáneo de Santiago. Fue arrestado en mayo de 1974 y dejado en libertad en octubre de ese año. En 1975, al hacer una exposición en el Instituto Chileno Francés de Cultura, la DINA lo vuelve a arrestar, confiscando sus obras. Fue liberado luego de una campaña internacional (que incluyó la actividad solidaria del Boston Visual Artist Union)

y obligado a abandonar el país. Ahora vive en París.

En el testimonio que hizo llegar a la UNESCO, Guillermo Núñez relató:

"El 3 de mayo de 1974, a las tres de la tarde, cinco vehículos del Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea rodearon mi casa. Soldados con casco, uniformes de guerra y ametralladoras fueron puestos en posición de combate apuntando a mi casa. Todo este dispositivo militar era para arrestar a una sola persona que vivía aislada en una zona remota de Santiago

"El 9 de octubre, libre de cargos y habiendo perdido 15 kilos, dejé el infierno en el cual había estado viviendo, con la condición de que debía presentarme una vez a la semana en el Ministerio de Defensa. Me prohibieron salir de Santiago y me advirtieron que no pensara irme del país. Permanecí como un prisionero, pero ahora mi cárcel era un poco más larga Toda esta experiencia cruel fue interpretada en dibujos, pinturas, grabados, escultura y poesía, que decidí exhibir en diferentes galerías. . . . en esas exhibiciones quería hablar del hombre alienado, destrozado, humillado, aniquilado, cegado, forzado a ver una realidad distorsionada, separada de la naturaleza y de sus semejantes.

La inauguración se realizó la tarde del 19 de marzo en la galería del Instituto Chileno - Francés de Cultura, bajo los auspicios de la Embajada de Francia.

Al día siguiente, la DINA (la policía secreta de la Junta Militar) obligó a los representantes franceses a retirar las pinturas, y sólo la firmeza del agregado cultural de la Embajada de Francia impidió que las pinturas fueran destrozadas. Silenciaron la prensa, y mi nombre fue proscrito de todas las publicaciones ese mismo día fui arrestado en mi casa.

El 9 de abril fui reconocido oficialmente como prisionero en Tres Alamos (un centro de tortura), y luego transferido a Puchuncaví (un campo de concentración). El 11 de julio fui llevado otra vez a Tres Alamos. Sin haber sido llevado a un tribunal, dictaron un decreto ordenándome abandonar el país por ser "una amenaza para la seguridad nacional".

ISABEL LETELIER: nacida en 1932, estudió en la Universidad Católica de Santiago y en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile. Fue directora del Teatro de Marionetas, en Santiago. Ha presentado su obra en exposiciones de Santiago y Estados Unidos (Ella Eulin Gallery, Bethesda; Touchstone Gallery, Washington D.C.) La nota autobiográfica dice:

"El día del golpe militar, el 11 de septiembre de 1973, mi esposo fue arrestado y yo fui puesta bajo arresto domiciliario. El fue liberado y expulsado de Chile en septiembre de 1974, y a mí se me permitió reunirme con él dos meses después. Nos vinimos a Estados Unidos. Mi esposo fue asesinado el 21 de septiembre de 1976."

Isabel Letelier es la esposa de Orlando Letelier, embajador de Chile en Washington durante el gobierno del presidente Salvador Allende. Poco antes del golpe, él había vuelto a Chile, ocupando el cargo de Ministro del Interior y luego Ministro de Defensa. La junta militar lo hizo prisionero y lo envió a la árida y fría Isla Dawson, cerca de la Antártica, junto con otros altos dirigentes del gobierno popular elegido en 1970. Debido a su incansable participación en la campaña por la restauración de los derechos democráticos en Chile y a su prestigio en los círculos internacionales, donde su voz tenía indudable influencia, la junta militar decretó la privación de su ciudadanía a comienzos de septiembre de 1976. A fines de ese mes fue asesinado. Sus asesinos no han sido aprehendidos.

LIBROS

ANTOLOGÍA, VÍCTOR JARA, HIS LIFE AND SONGS, London: Essex House, 1976.

Es éste homenaje magnífico al gran cantante y poeta chileno asesinado en el Estadio Chile en 1973. A cuatro años de su muerte resulta evidente que la tragedia de Víctor Jara, como la de García Lorca a los comienzos de la guerra civil española, se ha transformado en un hecho histórico de incalculables proyecciones simbólicas. Sus canciones que se conocían en Latinoamérica principalmente, son hoy parte de una tradición revolucionaria mundial. Sus discos se agotan en Europa y los Estados Unidos y los textos de sus composiciones forman parte ya de la más alta poesía popular en lengua hispana. En el volumen que comentamos, bellamente editado en Inglaterra, se narra detalladamente su vida y se ofrece una excelente selección de sus mejores canciones con las transcripción musical y la letra. El prefacio es del famoso cantante norteamericano Peter Seeger. Sigue un poema de Adrian Mitchell con música de Arlo Guthrie. Después de la transcripción de 32 canciones de Jara se incluye el dramático texto de su compañera, Joan Jara, leído por ella misma en presentaciones que hizo en Europa, Estados Unidos y el Japón. Se completa el libro con una espléndida colección de fotografías de Víctor Jara y de los intérpretes más destacados de la nueva canción chilena.

El libro se puede obtener, escribiendo a: Essex House, 19/20 Poland Street. London, W. IV 3 D.D. England.

RENE LARGO FARIAS, FUE HERMOSO VIVIR CONTIGO COMPAÑERA (México: Editorial Samo, S. A., 1975.

Un testimonio que pocos, muy pocos se atreven a escribir, una declaración emocionada de amor y lealtad a la compañera que muere en el exilio, la vida puesta en grandes, vastos, impasibles signos de amargura, de terror y pena, pero también de una esperanza obstinada y una renovada voluntad de lucha al confrontar una muerte que golpea dura y por sorpresa, todo esto lo dice René Largo Fariás con sencillez y sinceridad, evitando sabiamente la ampulosidad fatal de la narración exclamativa, dejando que la proyección lírica de su historia se levante y crezca por sí sola, envuelva y llene la estructura punzante de los años con el equilibrio clásico propio de la auténtica emoción poética.

René Largo Fariás y María Cristina Frachia, su compañera, vivieron el drama de Chile desde adentro y en todas sus feroces consecuencias; después de haber hecho méritos en una vida entera dedicada a la cultura del pueblo —radio, televisión, teatro y la afamada "Peña Chile ríe y canta—" llegaron a septiembre de 1973 con una limpia y noble hoja de servicio revolucionario y cayeron juntos en el caos frenético de la retirada después del Golpe. Se asilaron en la Embajada de México en Santiago y así pudieron salir con su pequeño hijo. Reorganizaban su vida cooperando entusiastamente en las tareas de la solidaridad cuando María Cristina murió repentinamente.

El relato de su enfermedad, las frases que iban a quedar como testimonio de una resistencia estoica, de un amor profundo, constituyen la médula de este libro increíble, sorprendente, conmovedor. No hay "literatura" aquí, ni sentimentalismo, ni musiquilla de flojas esferas: todo es sobrio y natural, abierto, directo, fuerte, como la crónica de un día que comienza con un sol resplandeciente y se deshace, modesta, brutal, trágicamente, en un atardecer de barrio desmantelado, triste, sordo. Transformar el drama cotidiano de una familia revolucionaria en apretada y sólida épica del su-

frimiento superado por la confianza en la victoria final, es el arte de René Largo Fariás en estas páginas que vienen a sumarse a lo más trascendental de la literatura testimonial chilena.

JORGE JOBET, LOS GRANOS Y LAS HOJAS (Santiago: Nascimento, 2vl., 1976).

Entre las poquísimas novedades literarias que nos llegan de Chile destaca esta obra genuinamente cimera publicada en primorosa edición de dos tomos por la antigua casa Nascimento.

Jobet, uno de los valores más sólidos de la poesía chilena contemporánea, ha mantenido una línea de creación constante y profundamente enraizada a la tradición lírica del sur chileno. Lo que diferencia a Jobet de otros grandes poetas de la frontera —Neruda y Juvencio Valle, por ejemplo—, es su lenguaje duramente podado de toda ornamentación barroca, ambivalente en sus esencias que se asientan entre los tesoros de la tierra eternamente descubierta y en la minucia trágica de la rutina campesina y ciudadana. Jobet trabaja con voces intocadas por las academias de la oscuridad y la abstracción ociosas. Como Huidobro, hace cosas, crea realidad. Su mundo poético, de vasta hondura y proyección simbólica, se sostiene en imágenes de un concretismo audaz y directo, y respira con ritmos que alientan desde la más castiza poesía clásica y romántica. Pero Jobet respira su prosodia también con el aire doloroso que vive nuestra patria y motivo para asombrarse es que, valiente y digno, levante su voz desde el fondo mismo de la conflagración:

"Un pájaro de acero da en el vientre,
una bala deforme da en la cara,
un gesto más angustia que terrores
da en el suelo más vil de las estacas,
cercado por espadas inflexibles,
recogido en canastos serviciales.

Consérvase de pie la sola letra
hacia donde se miran los tetra-
cas,
las fuerzas destructoras de la física,
el diente roedor de un comandante,
el rostro cicatriz, honor y gloria,
el tanque, la invasión y la metralla. . ."

Su esperanza es fuerte y animosa, altiva y serena, su mensaje sale de la patria y vuelve a ella, purificador, combativo, llamando claro a un futuro que sigue alimentándose del temido presente:

"Quiero un día mejor y una corola
en el pecho doblado de mi patria,
un mar carnero libre y numeroso
vertido en el desierto de metales,
la alegría del remo con estirpe
y un manojo de rosas en las plazas. . ."

En un prólogo certero Alfonso Calderón sitúa con justicia este hermoso libro:

"Es éste, indiscutiblemente, uno de los libros claves de la poesía chilena.

A la densidad del texto, se une —desde el punto de vista del idioma—, un sabio uso del lenguaje dúplice: paródico y desacralizador, por una parte, y sabio, medido, rítmico, por otra.

Las voces blancas son sutilmente destruidas por Jobet, mediante el rescate de un léxico dialécticamente movido, que va desde el término inédito hasta el sancionado, puesto en una escala distinta.

El trabajo del escritor Jobet es un ejemplo, es artesanía, redescubrimiento lírico y, según la vieja idea de Valéry, despojo de lo accesorio por lo fundamental. Lección perdurable de contenido y forma."

LITERATURA CHILENA en el EXILIO

- PUBLICACION CADA TRES MESES
- CUATRO VECES AL AÑO
- ENERO * ABRIL * JULIO Y OCTUBRE
- SUBSCRIPCION ANUAL * INDIVIDUAL \$ 10
 - * INSTITUCIONES \$ 16
 - * NUMERO SUELTO \$ 3

□ SUBSCRIPCIONES

LITERATURA CHILENA EN EL EXILIO
P.O. BOX 3013.
HOLLYWOOD', CALIFORNIA, 90028

Los Autores

VICTOR R. VALENZUELA. Escritor, ensayista y profesor. Lehigh University Pennsylvania.

FERNANDO ALEGRIA. (Ver No. 2)

GONZALO ROJAS. (Ver No. 1)

HERNAN LAVIN CERDA. Poeta y periodista. Actualmente exilado en Mexico.

ROBERTO CONTRERAS LOBOS. Poeta. Reside en Europa.

JUAN ARMANDO EPPLE. (Ver No. 2)

GONZALO MILLAN. Poeta. Reside en Canada.

TERESINKA PEREIRA. Brasileira. Poeta. Dirige revista de poesía. Reside en U.S.A.

OSCAR HAHN. Poeta y profesor de literatura hispanoamericana. Reside en U.S.A.

GUILLERMO RAVEST. Poeta y periodista. Reside en Europa.

GABRIEL BARRA. Poeta y profesor. Reside en Rumania

EDUARDO EMBRY. Poeta. Reside en Cuba.

GERMAN MARIN. Poeta y escritor. Reside en Mexico.

EFRAIN BARQUERO. Poeta. Reside en Cuba.

SERGIO MACIAS. Poeta. Reside en Alemania. Recientemente publicó carpeta con 11 poemas con ilustraciones de Julio Rodrigo Alegría.

PATRICIA JEREZ. Poeta. Reside en U.S.A.

WALDO ROJAS. Poeta. Reside en Francia.

ALFONSO ALCALDE. Poeta, escritor y periodista. Reside en Rumania.

BERNARDO BAYTELMAN. Poeta, actor, antropólogo y profesor. Actualmente exilado en Mexico.

DANIEL RIQUELME. Narrador. Actualmente exilado en Mexico.

LEONARDO CARVAJAL BARRIOS. Escritor. Reside en Bulgaria.

JUAN ROJAS. Pseudónimo. Razones obvias.

GUILLERMO NUNEZ. Pintor. Profesor de la Universidad de Chile. Director del Museo de Arte Contemporáneo de Santiago. Reside en Francia.

DAVID VALJALO. (Ver No.2)

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA. Premio de Literatura.

LITERATURA CHILENA EN EL EXILIO

*i Oh tú la más herida ! En tu muerte sin llanto
duelen todas las venas. i Oh esposa desangrada !
En todos los racimos hay miel para tu boca
donde el olivo puso su aceite de esperanza.*

*Sobre los muertos niños, sobre los campos puros
el invasor anima su caballo de llamas,
pero sobre la espiga sangrienta del infierno
ya suena el caracol de rocío del alba.*

Angel Cruchaga Santa María